

P. Rafael Fernández de A.

PEDAGOGÍA MARIANA

**Editorial Nueva Patris
2014**

PRESENTACIÓN

Uno de los más grandes desafíos que hoy se plantean a la Iglesia es cómo lograr conducir al hombre actual hacia un auténtico encuentro con Cristo Jesús. Cada vez se constata con mayor fuerza cuán ardua es actualmente la tarea de despertar y mantener viva la fe.

La respuesta a este desafío no se centra tanto en el orden doctrinal o en cambios de orden organizativo. Es un desafío que se ubica más bien en el orden pedagógico, es decir, en el cómo lograr captar vitalmente al hombre actual que, en general, se muestra indiferente ante el mensaje del Evangelio; o cómo despertar a los “creyentes no creyentes”, a fin de llevarlos a un real encuentro con el Señor e infundir en su alma un ardiente entusiasmo misionero.

Si bien se ha buscado nuevos métodos y nuevos caminos de evangelización y se ha elaborado nuevos estilos y modos de entregar la Palabra de Dios y la catequesis, y se ha puesto en práctica valiosos caminos de encuentro y afianzamiento de la fe, no obstante, la indiferencia religiosa en lugar de disminuir parece crecer.

El llamado que hizo Juan Pablo II a una nueva evangelización y que han continuado los siguientes Sumos Pontífices, se sitúa en esta dirección. No es la primera vez en la historia que la Iglesia sufre crisis y pasa por períodos de prueba.

Sin embargo, siempre la Iglesia ha sabido salir adelante con renovadas fuerzas: el Espíritu Santo no abandona la barca de Pedro. Estamos seguros de que ello va a acontecer también ahora. Todo cambio de época, y más aún de la envergadura del cambio actual, presenta nuevos retos que en definitiva llevan a un florecimiento de la vitalidad y ardor de la fe.

Una pastoral mariana renovada constituye, a nuestro juicio, un medio pedagógico de primera importancia en este sentido. Nos referimos expresamente a una pastoral mariana “renovada”, lo cual supone una revisión profunda de la imagen de María que posee nuestro pueblo y, por otra parte, la implementación de una nueva espiritualidad y metodología pastoral mariana.

En este sentido, a través de esta publicación, queremos compartir lo que el fundador del movimiento de Schoenstatt, el P. Kentenich, ofrece como fruto de una amplia experiencia y elaboración pastoral, que da cuenta de la eficacia del camino mariano de evangelización para nuestro tiempo.

I. UNA PROPUESTA LLENA DE ESPERANZA

1. En el marco de la nueva evangelización

Los obispos de Latinoamérica y El Caribe, reunidos en Aparecida, Brasil, en mayo de 2007, hicieron la siguiente constatación:

Tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable. Esto constituye todo un desafío que cuestiona a fondo la manera como estamos educando en la fe y cómo estamos alimentando la vivencia cristiana; un desafío que debemos afrontar con decisión, con valentía y creatividad, ya que en muchas partes la iniciación cristiana ha sido pobre o fragmentada. O educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora. Se impone la tarea irrenunciable de ofrecer una modalidad operativa de iniciación cristiana que además de marcar el qué, dé también elementos para el quién, el cómo y el dónde se realiza. Así asumiremos el desafío de una nueva evangelización, a la que hemos sido reiteradamente convocados. (DA 286-287))

Esta necesidad de una nueva evangelización se hizo consciente para Latinoamérica cuando el papa Juan Pablo II, al celebrarse los 500 años de la llegada de la Buena Nueva a América, hizo, desde Haití, un ferviente llamado a encontrar y aplicar nuevos métodos y formas en la evangelización, acompañados de un nuevo ardor misionero.

Esta gran meta ha preocupado fuertemente a la Iglesia. El hecho contundente de la pérdida y debilitamiento de la fe, ciertamente exige sacar las consecuencias y llevar a la vida lo que el Papa Juan Pablo II planteara.

El concilio Vaticano II, a mediados del siglo XX, señaló la ruta de una profunda renovación de la Iglesia. Pablo VI, con su memorable exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*”, (Anunciando el Evangelio), buscando la aplicación del concilio, destaca que la misión propia de la Iglesia es evangelizar, es decir, transmitir la fe en forma atrayente y eficaz, para transformar el mundo en Cristo Jesús.

Los últimos pontífices han reiterado este llamado. Lo que Juan Pablo II proponía a la Iglesia en el continente americano, Benedicto XVI lo amplía más allá. La nueva evangelización constituye un desafío para toda la Iglesia, especialmente también para la Iglesia en Europa, lugar desde el cual nos llegó la Buena Nueva de Cristo. Convoca, por eso, a un sínodo sobre la fe y proclama para toda la Iglesia la celebración de un Año de la Fe.

El Santo Padre Francisco, desde que asumió el pontificado, ha sabido transmitir, por su palabra y ejemplo, un extraordinario impulso misionero en el pueblo de Dios.

Es en este contexto donde adquiere su verdadera dimensión lo que propone el fundador de Schoenstatt. Desde el inicio él planteó claramente un objetivo: la renovación mariana del mundo en Cristo. Consideró como vocación y tarea central de su Obra, conformar un movimiento de educación de la fe, ofreciendo una nueva pedagogía de la fe.

Su propuesta surge de una honda experiencia personal, de la escucha de los signos del tiempo y de los frutos logrados en la puesta en práctica de su método pedagógico. Él pudo verificar la eficacia de una pastoral mariana renovada, afianzando su convicción del extraordinario potencial evangelizador que esta entraña.

Estaba convencido de que el Señor mismo era quien señalaba a la Iglesia y al mundo actual, a María como la “Gran Señal” de luz para nuestro tiempo. Las palabras de Jesús: “Ahí tienes a tu Madre”, decía, las repite hoy el Señor, esperando que sus discípulos, al igual que Juan, la recibiesen como su Madre y Educadora, como “la Mujer vestida de sol”, signo de esperanza para una Iglesia renovada.

Su propuesta no se limitó a destacar y fortificar una piedad mariana tradicional, arraigada profundamente sobre todo en el ámbito latino. La pedagogía y pastoral marianas que él propone suponen una profunda revisión y renovación tanto de la imagen de María como de la piedad y pastoral marianas existentes. Su propuesta pastoral mariana no se remite a una revelación privada o al sueño de un gran enamorado de María; no es el fruto de impulsos de orden emocional, sino que está fundamentada en el orden objetivo de la redención, tal como Dios Padre lo dispuso en su plan de amor. Su propuesta se basa en la Palabra de Dios, en lo que la Biblia nos revela del misterio mariano y en la doctrina de la Iglesia.

Su objetivo es abrir el camino hacia un encuentro personal con Cristo y a un compromiso con su obra redentora. Para él, la Virgen María es justamente el camino más corto, apto y seguro para adentrarse en el misterio de Cristo. La transmisión de la fe marcada por el sello mariano conforma un proceso vital, un encuentro personal, una auténtica transmisión de vida.

2. Una convicción avalada por la Iglesia

Cuando el P. Kentenich plantea su visión de una pastoral y educación de la fe mariana, no está solo. El Espíritu Santo sopla en toda la Iglesia suscitando múltiples iniciativas que buscan la renovación y fortalecimiento de la fe. El magisterio de la Iglesia y los últimos pontífices han ido

señalando derroteros y mostrando los caminos de la nueva evangelización. En este sentido es notable cómo la persona y misión de la Virgen María se han ido destacando cada vez con mayor fuerza.

El horizonte de una nueva época mariana se anuncia ya con la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción por Pío IX, el 8 de diciembre de 1854.

El P. Kentenich interpreta la proclamación de este dogma en el sentido de que Dios quiere destacar, en el horizonte de una época marcadamente centrada en el hombre, el ideal del ser humano en su mayor plenitud: en la Inmaculada Concepción Dios muestra al ser humano tal como lo pensó al crearlo y al restaurar su imagen en Cristo Jesús.

El Papa san Pío X, en su encíclica *Ad diem illum*, publicada con ocasión de los 50 años de la proclamación del dogma de la Inmaculada, afirma que María es el camino más directo y vital para encontrar a Cristo. El P. Kentenich menciona una y otra vez este pasaje de esa encíclica:

Nadie vale más que María para unir eficazmente los hombres a Jesús. Y como según la doctrina del divino Maestro: “Ésta es la vida eterna: conocerte a ti, único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo” (Jn 17,3), así como alcanzamos por María un conocimiento vital de Jesucristo, por ella también nos es más fácil adquirir la vida de que es él principio y fuente.

Y agrega en el mismo lugar el Santo Padre:

Desdichados los que abandonan a María bajo el pretexto de rendir honor a Jesucristo. ¡Como si se pudiese encontrar al Hijo de otra manera que con María, su Madre! (ADI, 6).

Se trata de encontrar a Cristo no teórica sino vitalmente y de establecer con él una profunda unión de vida y misión. Y en la nueva evangelización esa es precisamente la meta. Para lograrlo, como afirma el Papa, María es el camino más fácil y directo. Ella no nos aparta de Cristo, muy por lo contrario: nos ata estrechamente a él.

La proclamación del dogma de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos, por Pío XII, el 1 de noviembre de 1950, constituye otro hito importante, por el cual Dios mismo, a través del Santo Padre, destaca en la persona de María el destino del hombre.

Afirmamos que el P. Kentenich no se basa en milagros y apariciones de María para fundamentar una pastoral mariana; sin embargo, acoge también como una confirmación de su propuesta pastoral, las apariciones de María oficialmente reconocidas por el magisterio de la Iglesia, a saber: las manifestaciones de María en Lourdes a Bernardita Soubirous, en 1858, como a los pastores en Fátima, en 1917. Estas muestran cómo María

misma se manifiesta también en forma extraordinaria, llamando la atención de la Iglesia y del mundo respecto a su persona y al papel que ella posee como Colaboradora en la obra redentora del Señor, en la vida de la Iglesia y en su misión frente al mundo.

A lo largo del siglo veinte se fue dando, como nunca antes y cada vez con mayor intensidad, una nueva elaboración doctrinal de la mariología. El estudio exegético mariano, realizado por eminentes teólogos, se preocupó de esclarecer la enseñanza bíblica sobre María, mostrando con nueva luz la riqueza y densidad teológicas de los textos bíblicos que aluden directa e indirectamente a su persona y su misión en el plan de redención.

Todo este largo proceso, que no es el caso describir aquí en detalle, desemboca en el gran acontecimiento del Vaticano II, primer Concilio ecuménico que entrega una visión global de María, inserta en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

En la Constitución Apostólica *Lumen Gentium*, se muestra el ser y la acción de María según el plan de Dios, señalándola como prototipo de la Iglesia y, a la vez, como la Madre que nos acompaña en el crecimiento de nuestra fe. Con su amor materno, afirma el Concilio, cuida de los hermanos de su Hijo, que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso, la Bienaventurada Virgen en la Iglesia es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora (Cf LG c.8).

Luego del Concilio Vaticano II, es Pablo VI quien asume un rol de gran importancia en esta dirección. Como un hecho relevante, al final del Concilio, destaca la proclamación de María como “Madre de la Iglesia” (21 de Noviembre de 1964).

Durante los años posteriores al Concilio, la vida eclesial sufrió profundas conmociones. El Concilio fue interpretado y aplicado de diversas maneras. Dentro de esa conmoción, la piedad mariana existente sufrió serios ataques. Se la tildó de devoción alienante que debía ser superada y dejada de lado.

Las enseñanzas y perspectivas señaladas por el magisterio de la Iglesia, antes y durante el Concilio Vaticano II, parecieron haberse olvidado y haber perdido interés para aquellos que querían cambios profundos en la Iglesia y en la realidad socio cultural.

En este contexto, el Papa Pablo VI escribe la exhortación Apostólica, *El Culto a María*, donde aborda con mucha fuerza y claridad la necesidad de revisar la imagen de María que tiene nuestro pueblo cristiano, imagen, dice, que aparece a menudo apartada de la Biblia, apartada de la Iglesia, apartada de la liturgia, apartada del hombre actual: extra-bíblica, extra-

litúrgica, extra-ecclesial. Muestra así la necesidad de revisar, corregir y enriquecer la imagen de María que reinaba mayoritariamente en el pueblo de Dios.

En su exhortación apostólica, Pablo VI señala algo también particularmente importante en la perspectiva antes señalada. Muestra a María en relación a las aspiraciones del hombre actual; afirma que ella “no defrauda esperanza profunda alguna de los hombres de nuestro tiempo” (MC 38). La señala como signo de luz en una época centrada en el hombre, que tiene una palabra importante que decir, especialmente a los constructores de la sociedad.

En la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, realizada en Medellín (1968), que se llevó a cabo en un tiempo en que la piedad mariana sufría un serio descrédito, poco o nada se habla de María. Sin embargo, esta situación se revierte en la III Conferencia General, que se realizó en Puebla (1979). Esta Conferencia de los obispos latinoamericanos marca un cambio y constituye otro importante hito en relación a la pastoral mariana y a la importancia de María en la evangelización.

Citamos un pasaje del Documento de Puebla que es especialmente significativo:

La Iglesia, con la evangelización, engendra nuevos hijos (LG 64). Este proceso que consiste en “transformar desde dentro”, en “renovar a la humanidad” (EN 18), es un verdadero volver a nacer. En ese parto, que siempre se reitera, María es nuestra Madre. Ella, gloriosa en el cielo, actúa en la tierra. Participando del señorío de Cristo resucitado, “con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan” (LG 62); su gran cuidado es que los cristianos tengan vida abundante y lleguen a la madurez en la plenitud de Cristo.

María no sólo vela por la Iglesia; ella tiene un corazón tan amplio como el mundo e implora ante el Señor de la historia por todos los pueblos. Esto lo registra la fe popular que encomienda a María, como Reina maternal, el destino de nuestras naciones.

Mientras peregrinamos, María será la Madre educadora de la fe (LG 63). Cuida de que el Evangelio nos penetre, conforme nuestra vida diaria y produzca frutos de santidad. Ella tiene que ser cada vez más la pedagoga del Evangelio en América Latina.

María es verdaderamente Madre de la Iglesia. Marca al pueblo de Dios. Pablo VI hace suyas una precisa fórmula de la tradición: “No se puede hablar de la Iglesia si no está presente María”. (MC 28).

Se trata de una presencia femenina que crea el ambiente familiar, la voluntad de acogida, el amor y el respeto por la vida. Es presencia sacramental de los rasgos maternos de Dios. Es una realidad tan hondamente humana y santa que suscita en los creyentes las plegarias de la ternura, del dolor y de la esperanza” (Puebla 288-290).

Concluye Puebla, el apartado sobre María, con las siguientes afirmaciones:

La Iglesia es consciente de que “lo que importa es evangelizar no de una manera decorativa como un barniz superficial” (EN 20).

Esta Iglesia, que con nueva lucidez y decisión quiere evangelizar en lo hondo, en la raíz, en la cultura del pueblo, se vuelve a María para que el Evangelio se haga más carne, más corazón de América Latina. Esta es la hora de María, tiempo de un nuevo Pentecostés que ella preside con su oración cuando, bajo el influjo del Espíritu Santo, inicia la Iglesia un nuevo tramo en su peregrinar. Que María sea en este camino “Estrella de la evangelización siempre renovada” (EN 81). (Puebla 303).

Uno de los aspectos marianos más destacados en Puebla es el sentido e importancia de la devoción popular mariana de nuestros pueblos, señalando su necesidad de purificación y su eficacia evangelizadora.

Todo lo que expone Puebla y enseña Pablo VI, se ve extraordinariamente reforzado por Juan Pablo II quien, ya al iniciar su pontificado, anuncia como su lema papal el *Totus tuus*, que define su persona y marca su orientación pastoral.

Juan Pablo II no sobresale en primer lugar por haber entregado novedosas reflexiones teológicas o doctrinales sobre la Virgen María, pero se destacó, como ningún Santo Padre, por la profundidad de su amor a ella y por su labor pastoral en la cual María siempre ocupó un lugar privilegiado.

Una vez más los obispos latinoamericanos, reunidos en Aparecida (2007), reiteran el llamado a desplegar una amplia y profunda nueva evangelización como discípulos misioneros de Cristo bajo el amparo de María, la gran discípula y misionera del Señor. Se afirma en el Documento de Aparecida:

María con su fe llega a ser el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo, y también se hace colaboradora en el renacimiento espiritual de los discípulos. (...) Desde la cruz, Jesucristo confió a sus discípulos, representados por Juan, el don de la maternidad de María, que brota directamente de la hora pascual de Cristo: “Y desde aquel momento el discípulo la recibió

como suya” (Jn 19, 27). Perseverando junto a los apóstoles a la espera del Espíritu (cf. Hch. 1, 13-14), cooperó con el nacimiento de la Iglesia misionera, imprimiéndole un sello mariano que la identifica hondamente (DA 266 - 267).

María, Madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión (...) Ella atrae multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los santuarios marianos. Por eso la Iglesia, como la Virgen María, es madre. Esta visión mariana de la Iglesia es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional o burocrática (DA 268).

María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros. Ella, así como dio a luz al Salvador del mundo, trajo el Evangelio a nuestra América (DA 269).

El Papa Benedicto XVI, en la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, había hecho la siguiente invitación:

El Papa vino a Aparecida con viva alegría para decirles en primer lugar: permanezcan en la escuela de María. Inspírense en sus enseñanzas. Procuren acoger y guardar dentro del corazón las luces que ella, por mandato divino, les envía desde lo alto.¹

La trascendencia de este “ir a la escuela de María” la destaca el mismo Santo Padre cuando afirma:

El órgano para ver a Dios es el corazón purificado. A la piedad mariana podría corresponderle provocar el despertar del corazón y realizar su purificación en la fe. Si la miseria del hombre actual es desmoronarse cada vez más en puros bíos (vitalismo) y pura racionalidad, la piedad mariana podría contrarrestar tal “descomposición” de lo humano, y ayudar a recuperar la unidad en el centro, desde el corazón.²

El Papa Francisco continúa hoy transitando por la misma senda de sus predecesores, animado por un extraordinario fuego evangelizador que ha conmovido al mundo entero. Finalizamos estas breves reflexiones con la

¹ Benedicto XVI, Discurso final del rezo del Santo Rosario en el Santuario de Nuestra Señora Aparecida, 12 de mayo de 2007.

² Parece oportuno citar un texto de Brendan Leahy donde resume la opinión de Hans Urs von Balthazar, conocido teólogo alemán contemporáneo al fundador de Schoenstatt, sobre la importancia de la presencia de María en la pastoral de la Iglesia: *Sin la mariología, el cristianismo se expone imperceptiblemente a volverse inhumano. La Iglesia se vuelve funcionalista, sin alma, una empresa en continuo movimiento, sin descanso, y los proyectistas la dejan irreconocible. Y dado que en este mundo masculino todo lo que tenemos es una ideología que suplanta a otra, todo resulta polémico, crítico, amargo, exento de humor y, sobre todo, pesado, y la gente y las masas huyen de la Iglesia.* J. Ratzinger-H. Urs von Balthazar, en *María, Iglesia naciente*, p. 26.)

oración a María con la que el Santo Padre concluye su encíclica *Evangelii Gaudium*:

*Virgen y Madre María,
tú que, movida por el Espíritu,
acogiste al Verbo de la vida
en la profundidad de tu humilde fe,
totalmente entregada al Eterno,
ayúdanos a decir nuestro "sí".*

*Ante la urgencia, más imperiosa que nunca,
de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.
Tú, llena de la presencia de Cristo,
llevaste la alegría a Juan el Bautista,
haciéndolo exultar en el seno de su madre.
Tú, estremecida de gozo,
cantaste las maravillas del Señor.*

*Tú, que estuviste plantada ante la cruz
con una fe inquebrantable
y recibiste el alegre consuelo de la resurrección,
recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu
para que naciera la Iglesia evangelizadora.*

*Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados
para llevar a todos
el Evangelio de la vida
que vence a la muerte.*

*Danos la santa audacia
de buscar nuevos caminos,
para que llegue a todos
el don de la belleza que no se apaga.*

*Tú, Virgen de la escucha y la contemplación,
madre del amor, esposa de las bodas eternas,
intercede por la Iglesia,
de la cual eres el icono purísimo,
para que ella nunca se encierre ni se detenga
en su pasión por instaurar el Reino.*

*Estrella de la nueva evangelización,
ayúdanos a resplandecer
en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y el amor a los pobres,
para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz.*

*Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros.
Amén. Aleluya*

La breve reseña que presentamos muestra en líneas generales cómo la propuesta evangelizadora mariana del P. Kentenich coincide con lo que plantean los documentos del magisterio y especialmente de los últimos Sumos Pontífices. Sí, esta es “la hora de María”; es la hora de un nuevo Pentecostés para la Iglesia y el mundo. La misión evangelizadora sin duda estará marcada por la persona y la presencia activa de María como Colaboradora de Cristo y Educadora de la fe, como “estrella de la nueva evangelización”.

II. ABRIENDO EL CAMINO A LA PASTORAL MARIANA

1. En general

La aplicación de una pedagogía pastoral mariana encuentra hoy en general un ambiente positivo, sobre todo en el ámbito de la pastoral de multitudes o piedad popular. Ello no quiere decir que no existan reparos y aprehensiones al respecto. Éstas son de variada índole y se refieren a diversos aspectos.

Señalamos anteriormente el ambiente anti-mariano que se hizo notar después del Concilio Vaticano II en muchos ámbitos eclesiales, y lo que significó la Exhortación Apostólica *Marialis Cultus* de Pablo VI. Ésta dio respuesta a actitudes anti-marianas que eran justificadas y propuso caminos concretos de renovación de la piedad y pastoral marianas. También mencionamos el aporte especial de Puebla y su repercusión en relación al auge de la piedad popular.

Sin embargo, no podemos decir que lo que está escrito en los documentos sobre la importancia de la presencia de María en la Iglesia se haya traducido en un real cambio en la pastoral de la Iglesia, especialmente en relación a la formación de los agentes pastorales.

Han existido preocupaciones y críticas a la religiosidad mariana, considerando que deja en segundo plano a Cristo, que hay otras devociones tan valiosas que quedan de lado, etc.

A continuación ofrecemos algunos elementos de análisis frente a estas aprehensiones, elementos con los cuales queremos apoyar la reflexión sobre la relevancia de la relación con María en la educación de la fe. Tratamos de dar respuesta a las inquietudes que se plantean al respecto.

2. Diversas aprehensiones respecto al tema mariano

2.1. La pastoral mariana corre el peligro de evadir la realidad

Se dan muchas expresiones y formas de piedad y pastoral marianas que poseen el cuño de una religiosidad enajenante, fetichista, sentimentalista, milagrera, pietista, pedigüeña y de refugio intimista. Una piedad, además, que se ve como baluarte de un cristianismo marcado por un tinte conservador y retrógrado, que se limita a prácticas piadosas que no se traducen en un estilo de vida y de trabajo acorde con las exigencias del Evangelio. Todo ello conduce en la práctica a ahondar la brecha que separa fe y cultura.

No cabe duda de que mucho de esto se ha dado y se sigue dando. De allí la necesidad de educar y rectificar este tipo de devoción mariana. Ya desde antiguo se ha insistido en la práctica de la “verdadera devoción” a

María, en contra de una falsa devoción a ella. Sin duda se requiere renovar la imagen de María y educar efectivamente el amor que se le profesa.

El problema sería, como reza el dicho, que “con el agua sucia de la bañera se tire también al niño”. Una piedad mariana primitiva posee valores que un pedagogo de la fe no puede ni debe despreciar. Es muy distinto un pueblo sin rastros de religiosidad a un pueblo que, como el latinoamericano, cuenta con un extraordinario sustrato católico (Cf. Puebla 1). Es un pueblo que cree en Dios y cree en la Virgen, pero su fe es primitiva. Sin embargo, se cuenta con una raíz de fe, lo que es extraordinariamente valioso, pero hay que saber asumirla y educarla. La evangelización, entonces, no parte de cero, y “no hay que apagar la mecha que aún humea”.

Al inicio todo amor es normalmente egoísta e imperfecto. Pero si se rechazara de plano, nunca veríamos un florecimiento del amor ni en el plano humano ni en el plano sobrenatural. Tarea del pedagogo es ayudar a que madure ese amor imperfecto.

Suele suceder también que a los educadores de la fe les cuesta a veces comprender las manifestaciones sensibles del amor a María. Les parecen fuera de lugar; quizás habrían reprendido a esa mujer del Evangelio que, queriendo ser sanada por Cristo, tocó su manto.

Todo amor sano, si es verdaderamente humano, necesita expresarse sensiblemente. ¿Si esto es evidente en el plano humano, por qué no lo vamos a aceptar en el plano de la expresión religiosa? El “purismo” termina enfriando y “volatilizando” la entrega y amor a Dios, y genera un raquitismo de la fe. Un educador que quiera “encender” el amor a Dios y a María, debe saber integrar en su pedagogía el mundo de la afectividad, de lo simbólico y de lo sensible: somos alma y cuerpo, no sólo cabeza y voluntad; no somos ángeles.

2.2. La piedad mariana estaría bien para mujeres, pero no tanto para varones

Nuestros pueblos latinoamericanos tienen todavía una buena dosis de machismo. Está en el sentir del pueblo y se manifiesta en muchos planos, especialmente en el ejercicio (y abuso) de la autoridad masculina en el plano social, en el campo religioso y en el poco compromiso de los varones con ciertos ámbitos que se le asignan o imponen tradicionalmente a la mujer.

La ausencia de compromiso de los varones genera un vacío importante en la realidad eclesial. Nuestras iglesias están llenas de mujeres y son ellas la que tienen una presencia más activa. Los varones no asumen su rol, en gran medida a causa de la herencia y el atavismo machista que arrastran.

Pero esto no corresponde ni al orden de ser ni a la realidad histórica de la Iglesia. Basta leer un poco los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles para comprobarlo. Los varones estuvieron muy presentes en su nacimiento y extensión. Hoy se echa de menos los José y Juan, y tantos otros junto a María y a las mujeres que acompañaban a Jesús.

Por otra parte, es verdad que a la naturaleza femenina le resulta más fácil cumplir con esa condición ineludible para entrar en el Reino de Dios: ser como los niños. También es verdad que a la mujer le resulta normalmente más fácil el cultivo del mundo afectivo. Esto pertenece a su riqueza. El varón requiere ese complemento femenino para encarnar una virilidad más humana, más abierta a la relación personal y a los valores del corazón.

Ciertamente el varón debe entregar su fortaleza y lo que a él le resulta más fácil: la organización, el hacer, el mundo de las ideas y de la reflexión, etc. Si el complemento de una religiosidad masculina no está presente, entonces se producen desequilibrios que hoy se pueden constatar en muchos casos: por una parte, una piedad demasiado cargada a lo sensible, subjetiva o de “resguardo”, y no tanto de audacia y emprendimiento; y, por otra parte, una piedad masculina centrada en las ideas y en la organización, carente de calor y de alma.

Una verdadera piedad y pastoral marianas deben despertar todo el potencial del alma masculina, que se activa cuando se ve a María como Reina y modelo de humanidad; como señal de lucha y de combate; como signo de renovación y construcción de un mundo nuevo.

Por otra parte, debemos también considerar que en los últimos decenios la mujer actual se ve poco atraída por María. La justificada emancipación femenina ha reivindicado su dignidad y su valor. Si esa mujer encuentra o se le presenta una imagen de María recluida en su casa, pasiva, que no interviene en la historia, sin personalidad ni capacidad de emprendimiento, por cierto que no se sentirá especialmente atraída por ella.

La piedad mariana es cosa de mujeres y de varones. Esto debe hacerlo realidad una auténtica pedagogía mariana.

2.3. La devoción mariana distraería de lo esencial: la entrega a Cristo

2.3.1. El papel de los intermediarios

Algunas personas piensan que la acentuación de María en la pastoral y el fomento de la devoción mariana apartarían de Cristo, que es lo esencial.

Ciertamente una pastoral mariana pedagógicamente mal conducida, no integra suficientemente ni la persona ni la acción de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia ya que puede tender a “endiosar” a la Virgen.

Es todavía una tarea pendiente, especialmente a nivel de la pastoral popular, esclarecer y mostrar la verdadera imagen de María en su relación con Cristo y, en consecuencia, rectificar la pastoral de acuerdo a lo que ella es según el plan salvífico.

Pero otra cosa es temer que el amor a María y su acentuación en la pastoral, empañen la centralidad de Cristo.

Este temor proviene de posturas críticas que se gestaron en la primera mitad del siglo XX en Centroeuropa, pero que todavía hoy se escuchan. Tienen su origen en el racionalismo que dominó especialmente en círculos intelectuales de aquella época.

Por otra parte, en ella se aprecia una falta de comprensión de la dinámica del amor y de los efectos que genera.

Respecto a lo primero, al idealismo racionalista, lejano de la vida, le resulta difícil concebir que podamos amar de todo corazón a María, con toda nuestra alma y nuestro ser, y decirle, por ejemplo, “soy todo tuyo”, porque entonces, ¿dónde queda nuestro amor al Señor? ¿Cómo vamos a ser por entero de Cristo si somos enteramente de María? ¿Dónde queda el “cristocentrismo” de nuestra fe?

Además, se dice, ¿para qué hacer un rodeo innecesario y no ir directamente a Cristo? ¿Para qué hablar tanto de María, que no es el centro, en lugar de proclamar a Cristo, que es el centro?

Es cierto, se afirma, que María es la Madre de Cristo, pero en la Biblia no se habla tanto de ella... Los evangelizadores y agentes pastorales, por lo tanto, si quieren ser eficaces, deberían preocuparse más de conducir directamente hacia Cristo, a la lectura de la Palabra, a incentivar la recepción de los sacramentos, y no a promover devociones “laterales” en el seno de la Iglesia... Más todavía cuando se trata de fortificarla en un tiempo tan difícil como el actual. Todo lo secundario debería dejarse de lado, o pasar a segundo o tercer plano para afirmar lo esencial.

Este modo de pensar no sólo es hijo del racionalismo, sino que se hace eco de la posición y mentalidad protestantes. El protestantismo terminó acabando con la devoción a los santos y a María. ¿Para qué la Iglesia, para qué el Papa, para qué los sacerdotes y los sacramentos?

Todas estas realidades son más bien un obstáculo en el camino: basta la Biblia (solo Cristo, solo la fe, solo la Biblia, solo la gracia...). Para el protestantismo, el hombre con toda su miseria y pecado no puede ser intermediario válido para comunicarse con Dios.

Esta manera de rechazar o tener desconfianza frente a lo humano, propia de estas tendencias que mencionamos, ciertamente no invita ni puede promover una pastoral y pedagogía marianas.

El pensar racionalista, analítico y fragmentario, no es capaz de ver la globalidad y, por lo tanto, es incapaz de comprender el rol de María y la dinámica del amor natural y sobrenatural.

Esta mentalidad mueve a acabar con todo los intermediarios y propicia ir directamente a lo esencial sin dar “rodeos” innecesarios. Pero, de este modo, ha socavado la vitalidad de la fe introduciendo el impersonalismo en la vida religiosa.

No podemos extendernos aquí mayormente al respecto³. Sólo haremos unos alcances.

En primer lugar, si damos tanta importancia a la persona y al papel que María ocupa en la redención, no es por un capricho o simple preferencia de carácter personal. Lo hacemos porque es Dios quien dio a María ese lugar objetivo y privilegiado en el plan de redención. Queremos ser fieles a ese designio divino y sacar las consecuencias de este plan, tanto para la vida personal como para la pastoral.

Dios llega a nosotros, y quiere que vayamos a él, a través de intermediarios. Esta es la práctica de Dios, es la pedagogía que él ha aplicado desde la creación: crea al hombre y le da una responsabilidad de intermediario; le encarga ordenar el mundo; lo pone como cabeza de la creación para que participe en su acción creadora y de conducción del mundo.

Dios lo ha demostrado en forma gráfica y contundente a lo largo de toda la revelación. Él actúa a través de intermediarios: llega al pueblo y el pueblo llega a él por medio de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Moisés. Ellos representan a Dios. Elige y confía a Abraham la formación del pueblo de la alianza. Moisés representa el pueblo ante Dios, y Dios se dirige al pueblo a través de Moisés.

Ésta es una constante que se repite durante toda la historia de Israel y que en el Nuevo Testamento es aún más manifiesta. El Verbo de Dios no viene a nosotros directamente, sino a través de María. Dios requiere el “Sí” de María al plan divino. En la Anunciación ella lo acepta libremente y cree que se hará realidad lo que Dios le dice a través del arcángel Gabriel. Y el Verbo se hizo carne en su seno. Dios Padre lo regala a la humanidad a través de su sierva.

Cuando inicia su vida pública, el Señor comienza su labor buscando la activa cooperación del hombre en su tarea redentora, tal como lo hizo con la Virgen. Elige a los 12 apóstoles. Constituye a Pedro como cabeza de su

³ Consultar al respecto, José Kentenich, *El secreto de la vitalidad de Schoenstatt*, II Parte, especialmente pp. 94-115, y 126-154. Y del mismo autor, *Marianische Erziehung*. También *La actualidad de la misión del 31 de Mayo*, de Editorial Nueva Patris.

Iglesia. Elige a los 72 discípulos, a quienes envía de dos en dos para prepararle el camino.

El Señor funda la Iglesia e instituye los sacramentos como mediaciones para llegar a nosotros y para que nosotros lleguemos más fácilmente a él.

La Sagrada Escritura, fuente principal para el encuentro con Dios, fue escrita por hombres como instrumentos del Espíritu Santo. No fue el Espíritu Santo en persona quien escribió la Biblia. Fueron Mateo, Marcos, Lucas y Juan, inspirados por el Espíritu Santo. Así también ocurre con san Pablo que es “elegido” como un instrumento clave para la proclamación de la Palabra entre los paganos.

Vemos que Dios confía en el hombre, creado a su imagen y semejanza. Lo redime, restituyendo su dignidad perdida, manchada por el pecado. Lo hace templo suyo y colaborador en su obra; lo dignifica, cree en él. Su gracia, su amor y su misericordia son más fuertes que la miseria humana. Cree en el hombre a pesar de su infidelidad y sus caídas. Actúa a través de personas imperfectas y pecadoras, por medio de nosotros, hijos de Adán redimidos por su sangre, a quienes una y otra vez perdona y enaltece.

Todas estas realidades son claras para nosotros, sólo necesitamos aplicarlas a María. Ella es el caso preclaro de la dignificación del hombre. En ella vemos cómo la persona humana es elegida por el Dios de la vida para hacerse más cercano y para que nosotros lo encontremos más fácilmente.

Esta es la visión y antropología cristiana, a diferencia de la visión protestante. No existe para nosotros solo la “inmediatez” del acceso a Dios, el “enteramente diferente”, el Dios puramente trascendente, sino también existe la presencia y acción del Dios “inmanente”, que está en y entre nosotros. Éste es el fundamento doctrinal que lleva a aplicar estas verdades en la educación de la fe y en la pastoral en la Iglesia.

Ir directo a Dios, sin valernos, como él se vale, de las mediaciones, equivaldría a querer escalar una montaña ascendiendo directamente hacia la cumbre. A los pocos metros nos cansamos y no podemos continuar la ascensión. El camino correcto, el más eficaz, es hacer zig-zag. Ese “rodeo” nos lleva en forma más segura y más rápida a la cumbre. Si dejamos de lado los intermediarios humanos nos será difícil llegar a Dios.

Son significativas las palabras del concilio Vaticano II en *Lumen Gentium*, donde se refiere a María en el contexto de la mediación de Cristo:

Único es nuestro Mediador según la palabra del Apóstol: "Porque uno es Dios y uno el Mediador de Dios y de los hombres, un

hombre, Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo como precio de rescate por todos" (1 Tim., 2,5-6).

Pero la misión maternal de María hacia los hombres, de ninguna manera obscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la Bienaventurada Virgen en favor de los hombres no es exigido por ninguna ley, sino que nace del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud; y lejos de impedirla, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo.

La Bienaventurada Virgen, predestinada, junto con la Encarnación del Verbo, desde toda la eternidad, cual Madre de Dios, por designio de la divina Providencia, fue en la tierra la esclarecida Madre del divino Redentor, y en forma singular la generosa Colaboradora entre todas las criaturas y la humilde Esclava del Señor. (...)

Ella es nuestra Madre en el orden de la gracia. Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia (...) Una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión los dones de la eterna salvación.

Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz.

Por eso, la Bienaventurada Virgen en la Iglesia es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora.

(...) La única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única.

La Iglesia no duda en atribuir a María un tal oficio subordinado: lo experimenta continuamente y lo recomienda al corazón de los fieles para que, apoyados en esta protección maternal, se unan más íntimamente al Mediador y Salvador. (LG 60- 62)

2.3.2. ¿Entrega total a Cristo o entrega total a María?

a) A través del amor a los hombres hacia el amor a Dios

Más allá de clarificar el papel de los intermediarios en nuestra relación con Dios, para comprender el papel de María en la obra redentora de Cristo, es también preciso considerar la realidad y psicología del amor.

La recta comprensión del amor es clave en el intento de ganar para el amor de Dios.

Dios es Amor, pero, ¿qué significa amar? ¿Cómo vamos a amar realmente a Dios si en el plano humano no tenemos la experiencia de lo que es amar? ¿Puedo decir de verdad que yo “vivo” en Cristo, si nunca he vivido en el corazón de alguna persona? ¿Qué podrá significar para mí “estar en Cristo” si desconozco lo que es “estar” en el corazón de la persona que amo? ¿Qué significa vitalmente cultivar una “comunidad de corazones” con el Señor si no lo hemos experimentado de algún modo en el plano natural?

Dios nos envía “cuerdas humanas” para alzarnos hacia él, para conquistarnos para sí. ¡Qué sería de nosotros si en nuestro camino no hubiésemos encontrado personas en quienes pudimos descubrir a Dios, que nos llevaron a conocerlo y amarlo!

Contar con una metodología catequética, con una acentuación de la liturgia y de la lectura de la Biblia, todo eso ciertamente es necesario, pero más necesario aún es que los evangelizadores transmitan personalmente una vivencia del amor de Dios, de Cristo. Si esto no se da, tampoco se dará una real transmisión de la fe. Pablo VI lo afirmaba con claridad *en Evangelii Nuntiandi*:

En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe? (46).

En otras palabras, ¿podemos transmitir el amor a Dios y a Cristo Jesús sin que nosotros lo amemos? A las personas a las cuales anunciamos la Buena Nueva les llega la experiencia del Dios de Amor en nuestro propio amor. Si alguien se encontraba, por ejemplo, con el Padre Alberto Hurtado y establecía un vínculo personal con él, ¿ese vínculo de amor no le llevaba precisamente más eficazmente al amor de Cristo? ¿Habría sido mejor hablarle más bien de la maravilla del amor del Señor y motivarlo a que él lo encuentre personalmente, sin que “interfiriere” otro amor?

Si el amor a Dios se enciende a través de las personas, de los santos, pero también de los evangelizadores, de los padres de familia, etc., si esto sucede con personas imperfectas, que reflejan parcialmente el amor del Señor, ¿cómo la Virgen María no nos va a llevar a Cristo, el Señor, más directamente, con mayor seguridad y más rápidamente?

b) La psicología del amor

Ahora bien, volviendo a la pregunta si podemos amar a María con todo nuestro corazón y entregarnos a ella y, a la vez amar del mismo modo a Cristo, ¿podemos decirle a ella “soy todo tuyo” y a la vez al Señor, “soy todo tuyo”?

¿No lleva esto a restar importancia a la persona y acción de la Virgen María en la pastoral, pensando que ella “opacaría” o “interferiría” nuestra relación con Cristo...? Si nos entregamos por entero a ella ¿no “competiría” esa entrega con una entrega total a Cristo, el Señor...? Lo que está aquí en juego es una concepción del amor, tanto del amor natural como del sobrenatural.

Se piensa que no podemos “compartir” nuestra entrega y amor con Cristo y con María. El amor sería entonces, usando una imagen, una especie de torta que, si se reparte, se va acabando. Mucho amor a María significaría menos amor al Señor.

El sentido común ya nos dice que esto no es así. Una madre ama con todo su ser a su hijo y ello no resta en nada el amor que profesa a su esposo. Si amamos a Dios, debemos amar a nuestros hermanos y ese amor a los hermanos es reflejo del amor a Dios, incluso, es prueba de la autenticidad de nuestro amor a él. Tanto es así que si no amamos a los hermanos, de hecho, nuestro amor a Dios es una mentira (Cf. 1 Jn 1).

¿Aman menos a Dios los hijos que aman con todo su corazón a sus padres? ¿Ama menos a Cristo el esposo o la esposa porque le ha entregado todo su ser, alma y cuerpo, a su cónyuge? ¿No debería amar más a Cristo que a su cónyuge?

Los amores sanos y queridos por Dios no se contraponen, se incluyen unos en otros. Amamos a los amigos de nuestros amigos. Amamos al cónyuge y a los hijos. A los hombres y a Dios. Los amores verdaderos no se contraponen ni se restan; más bien se suman y se potencian en el alma humana. Lo contrario sería un separatismo artificial e inorgánico, lejano a la vida.

La contradicción que se señala no existe en la realidad, a no ser que no se vea a las personas que amamos - consciente o inconscientemente - en relación con Dios. En la medida que la fe crece y madura, siempre se explicitará más y más el amor a la creatura en relación con el amor a Dios. Se ama a Dios en y a través de las creaturas.

c) Amor estimativo y amor afectivo

En este mismo contexto, se suele plantear que se ama más a María que al Señor; que el amor a la Virgen parece ser más fervoroso que el amor a Cristo. ¿No debiera suceder precisamente lo contrario? ¿No debiéramos amar al Señor por sobre todas las cosas con todo el calor de nuestro afecto?

Preguntemos a la vida, ¿qué sucede normalmente en el plano natural? ¿No late más fuertemente el corazón en su entrega al tú concreto que amamos, al esposo, a la esposa, al novio o a la novia, que el amor que

profesamos al Señor? ¿Es tan cálido el amor a Cristo como el que le profesamos a ese tú humano? ¿O tenemos que moderar o disminuir nuestro amor afectivo al tú humano y tratar de que el amor a Cristo sea más cálido?

Para solucionar este supuesto conflicto, es necesario distinguir lo que se llama amor “estimativo” o valorativo y amor “afectivo”. El esposo puede (y debe) amar con todo su corazón, con toda la calidez de su ser a su esposa; pero a Cristo ¿lo amará con el mismo ardor con que late su corazón por su esposa?

Normalmente esto no es así. ¿Quiere decir entonces que ama menos a Cristo? Por cierto que no. Él sabe que Cristo es lo último, lo definitivamente importante y, que si fuera el caso, daría su vida por él. Es decir, que si el amor a esa persona fuese contra lo que Dios quiere, lo dejaría, apartándose de esa persona.

Esto es lo que llamamos amor valorativo. Por lo tanto, para nosotros, la persona de Cristo es lo definitivo, es lo que objetivamente más estimamos; y si hay algo que se opone a él estamos dispuesto a dejarlo. Si el amor por esa persona que amo me aparta de Cristo, aunque en mi corazón arda de pasión por esa persona, estoy dispuesto separarme de ella.

También un hijo de María puede amarla a ella con toda la calidez de su corazón y no “sentir” esa misma calidez ante el Señor. ¿Quiere decir que los ama menos? Puede ser que su amor afectivo a María sea mayor en un momento dado que el amor afectivo a Cristo. Pero el amor estimativo o valorativo a Cristo Jesús será siempre mayor.

d) Los sentimientos y la voluntad

Es natural, que el amor sensible, que el calor de nuestra afectividad, sea cambiante. Somos seres sensibles y el calor o afecto sensible, se enciende más rápidamente en nosotros cuando amamos a una persona humana, a quien percibimos sensiblemente.

El calor afectivo de nuestro amor en el plano humano no siempre va a la par con el amor espiritual. En un determinado momento del matrimonio, por ejemplo, el amor afectivo que tenemos a nuestro cónyuge no posee la misma intensidad que tuvo en el tiempo de noviazgo, pero estimativa o valorativamente podemos incluso amarlo mucho más que antes con toda la fuerza de nuestra voluntad iluminada por la razón y la fe. El amor está llamado a crecer, a madurar y purificarse tanto en el plano natural como en el plano sobrenatural.

Por otra parte, precisamente por nuestra realidad de ser personas sensibles, nuestra afectividad la despiertan primariamente las personas a las cuales tenemos un acceso más directo sensiblemente. En este sentido

es más fácil que nuestro corazón se encienda por alguien que tenemos junto a nosotros o por María que se encienda del mismo modo por Cristo o Dios Padre.

El afecto sensible puede estar en primer plano en una etapa inicial o en determinadas etapas posteriores de su crecimiento. Pero también puede pasar a un segundo o tercer plano, abriendo el camino hacia un amor más fuerte y profundo radicado en nuestra voluntad.

Algo semejante a lo que sucede en el plano natural, sucede también en las distintas etapas de la vida espiritual: Cristo, Dios Padre o el Espíritu Santo pueden ser el centro “afectivo” predominante en determinadas etapas de nuestra vida. Podemos así, por ejemplo, estar captados efectivamente por el Espíritu Santo y no tanto por Dios Padre. Es normal que así sea y, por cierto, no hay nada malo en eso.

En todo caso, nunca debemos temer que el Señor tenga celos porque amamos “más” afectivamente a su Madre que a él. Al contrario, el Señor se alegra de ello. El sabe que si la amamos de verdad en ese amor lo encontraremos a él cada vez más vivamente. En la medida que crece el amor espiritual y sobrenatural (que radica en nuestra voluntad), también crece el amor a Dios o al Señor y llega a ser profundamente cálido.

El Señor sabe de qué estamos hechos, somos de carne y hueso. El quiere captar todo nuestro ser, todo nuestro corazón. El sabía que necesitamos el calor y ternura de nuestra madre, en el plano natural. Por eso, para ganar nuestro corazón, quiso regalarnos a su propia Madre como madre nuestra. Como el Señor quería ganar por entero también nuestro corazón, nuestros afectos y sentimientos, nos regaló a su propia Madre, cómo íntimo lazo de amor que nos atase a él. El Dios que nos creó sabía que nuestro corazón lo ganaría más fácilmente a través de su amor maternal.

Una pastoral que tome en cuenta estas realidades tiene el poder de enriquecer la vitalidad de la fe. No hacerlo conducirá a un empobrecimiento de nuestra vida de fe. El impersonalismo, racionalismo y moralismo se irán imponiendo con las consecuencias que ello entraña.

2.4. La pastoral mariana no sería apta para dirigentes y agentes pastorales comprometidos

En algunos casos se plantea que está bien que los agentes pastorales tengan una devoción a María, como a cualquier santo de su preferencia, pero que esas devociones no son especialmente importantes. Lo más importante, se señala, es contar con apóstoles y agentes pastorales que estén íntegramente captados por Cristo. La piedad popular mariana, a pesar de todo lo positivo que se pueda encontrar en ella, pareciera que no es capaz de formar esos evangelizadores que tanto necesitamos. Por eso

se suele considerar la piedad mariana en este sentido con escepticismo. No creen que esta sea capaz de formar evangelizadores verdaderamente comprometidos.

Ya se hizo mención de la necesidad de revisar y renovar la pastoral mariana popular. Suponiendo que esto se ha dado, ¿es posible que una espiritualidad y pastoral marianas, renovadas, aporten algo verdaderamente significativo a aquellos que aspiran a ser discípulos misioneros del Señor?

Es claro que lo más importante para un apóstol y discípulo misionero de Cristo es el encuentro personal con el Señor, su entrega total a él, su coherencia de vida y su disposición a trabajar como obrero en su viña. Una piedad mariana correctamente orientada asegura para el dirigente justamente su vínculo personal con el Señor. Esto es lo más esencial y la fuente de su fecundidad.

Al vincularse a María, el discípulo encuentra en ella la inspiración y el incentivo que regala el contacto personal con el ideal encarnado: la Sierva del Señor es el ejemplo preclaro del auténtico misionero y discípulo de Cristo.

Recibiendo a María, leeríamos en su alma lo que él espera de nosotros como discípulos suyos. En la Virgen María todo está referido a Cristo: en el amor a ella late el impulso a amarlo, a entregarse por entero a él y a su misión redentora.

Junto con amar al Señor, el discípulo misionero debe encarnar las virtudes que lo caracterizan como tal. Necesita contar con una fe ardiente, con un amor enteramente desprendido de sí mismo, humilde y servicial, que está dispuesto al sacrificio y a la renuncia. Debe saber ejercer una autoridad no como lo hacen los grandes de este mundo; debe saber esperar contra toda esperanza; saber dar y darse sin límites, perdiéndolo todo para ganarlo todo. ¿Puede lograrlo a fuerza de voluntad? ¿Será capaz de ello? La realidad humana, con sus límites experimentados día a día, muestra claramente que no.

El Señor le regala un camino especial para lograrlo: el amor verdadero nos asemeja a la persona que amamos. El amor verdadero posee una extraordinaria fuerza asemejadora. Vinculándonos a María, asimilamos con mayor facilidad las actitudes que la caracterizan como ejemplo eximio del discipulado. El amor a ella nos ayuda y da la fuerza para superarnos y luchar por encarnar sus actitudes que nos convierten en verdaderos testigos del Señor. No lo lograremos sin la fuerza transformadora de la gracia, y María es la medianera de la gracia.

María forma esos discípulos del señor. No basta que ellos conozcan y beban de la Palabra de Dios; que cuenten con una adecuada formación y práctica litúrgica, que dominen la catequesis, que sepan organizar cursos de formación y animar comunidades, que incentiven la acción social y la preocupación por los más pobres.

Por cierto que todo lo que se pide de un apóstol y misionero es muy necesario: todo ello pertenece a la formación de un dirigente evangelizador eficaz.

Sin embargo, todo eso puede carecer de “alma”, y puede convertirse en un compromiso evangelizador de cuño más bien voluntarista y organizativo, donde el contacto con el Señor poco a poco se va esfumando. Existe siempre el peligro de que las ideas, las reflexiones y planificaciones, la capacitación técnica, incluso la práctica de los sacramentos, puedan “perder” su fundamento, su raíz, es decir, carecer de un amor personal y vital a Cristo Jesús. Y eso es lo que justamente asegura una auténtica piedad mariana.

2.5. La acentuación de lo mariano entorpecería el ecumenismo

Para muchos, no tanto en Latinoamérica sino más bien en Centroeuropa, no parece conveniente acentuar lo mariano porque, se piensa, dificultaría el ecumenismo.

Sin embargo, habría que decir que un ecumenismo que dejase de lado a María dejaría de lado la Palabra revelada. Es decir, si hay ecumenismo tiene que ser sobre la base de la verdad del plan de Dios tal como nos lo revela la Sagrada Escritura.

Posiciones no católicas y evangélicas tendrían que unirse a partir de la base objetiva de la revelación tal como se nos ofrece en la Sagrada Escritura. Se trata de visualizar en común el lugar que Dios ha dado a María en el orden de la redención.

Quienes representan la posición del catolicismo deberán, por lo tanto, conocer y explicar en forma profunda y exegéticamente exacta lo que la Palabra de Dios dice sobre María. En este sentido, los avances bíblicos de los últimos decenios constituyen un aporte significativo.

El anti-marianismo existente en los evangélicos y pentecostales responde ciertamente a la posición protestante, pero en esos círculos no está tan presente la búsqueda de la unión ecuménica, como es el caso en Europa. Según la encuesta Bicentenario, en Chile hasta los evangélicos creen y respetan a la Virgen.

Por otra parte, habría que agregar que respecto a los ortodoxos, sucede lo contrario de lo que pasa con el protestantismo: María es más bien un fuerte factor de unión con ellos.

2.6. Lo mariano no favorecería a una Iglesia que busca impulsar el compromiso social de sus miembros

Que el marianismo se haya anidado en corrientes de un cristianismo alienante, es algo que también debe ser corregido. Se puede constatar que sectores ultra conservadores o fundamentalistas retrógrados hacen de María un baluarte de su causa. Muchas corrientes de piedad mariana no son suficientemente sensibles a la necesidad de cambio que plantea la Iglesia en este aspecto, obviando la lucha por la dignidad de la persona humana y por el avance en la justicia social.

Hoy día la Iglesia es cada vez más consciente de su misión de ser alma del mundo y fermento de una nueva sociedad. Y esto, sin duda, no es ajeno al amor y entrega a María. El problema es que la imagen que se tiene de María y la forma en que la anunciamos sufre serias carencias.

Lo mariano evidentemente también comprende y asume la lucha por la dignidad del hombre y por la justicia en el orden social, y lo hace con mayor fuerza que una tendencia puramente social o política.

Sin duda debiera estar mucho más arraigada y desarrollada en los movimientos marianos una actitud de compromiso con el cambio social; buscar dignificar al hombre y superar la situación de injusticia, la pobreza y la indigencia que sufren grandes masas en el mundo y esta actitud de compromiso social debiese provenir precisamente de ser marianos. Más adelante nos detendremos en esto.

III. LA PROPUESTA PEDAGÓGICA MARIANA DEL P. KENTENICH

A continuación nos detenemos a considerar una visión general de la propuesta pedagógica mariana del P. Kentenich para, posteriormente, analizar más de cerca diversos aspectos de la misma.

En el planteamiento pedagógico mariano kentenijiano se puede señalar especialmente tres puntos:

En primer lugar, el anuncio de una imagen renovada de María, integral e integrada en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

En segundo lugar, el cultivo de un nuevo vínculo a María: una Alianza de Amor con ella.

Por último, dinamizar en la pastoral el poder de María como medianera de las gracias.

1. Una nueva imagen de María

1.1. Una imagen integral e integrada

Se ha hecho referencia anteriormente a la necesidad de revisar y renovar la imagen de María, lo cual tiene gran incidencia en la espiritualidad y pastoral marianas.

Una imagen parcial, fragmentaria y no integrada de la Virgen, por ejemplo, viéndola solo como nuestra Madre o solo como la Inmaculada, obstaculiza la fecundidad evangelizadora de la educación mariana. En cambio, una imagen de ella acorde con el dato bíblico y teológico, y vista desde la óptica de los desafíos de nuestro tiempo, asegura su eficacia y fecundidad.

El educador está llamado a mostrar valores capaces de atraer y entusiasmar a los educandos y de orientarlos en su desarrollo. Ahora bien, estos valores no se muestran simplemente en su contenido objetivo, sino haciéndolos psicológicamente atractivos para ellos, a fin de que los hagan suyos de acuerdo a su propia receptividad y misión.

Por lo tanto, en primer lugar, se plantea la necesidad de que el educador o agente pastoral conozca el valor objetivo que entraña el ideal mariano. Y, además, que ese ideal sea presentado de acuerdo a la receptividad subjetiva de los educandos.

1.2. Una imagen de María centrada en Cristo

El P. Kentenich entregó una visión de María que se distingue por ser una imagen integral e integrada en todas las verdades de la fe y, a la vez, nuclearmente centrada en Cristo: el punto central de esa inserción es su

relación a Cristo, Redentor del hombre. Define a María como la Compañera y Colaboradora “ministerial” (o por oficio) de Cristo en toda su obra redentora. En su inicio, como Madre del Señor; en la cúspide de su acción redentora, como Co-redentora junto a la cruz; y en la aplicación de los frutos de la redención, como Medianera de todas las gracias.

A partir de este eje central, ella se relaciona con todas las realidades del mundo sobrenatural. Es toda de Cristo y todo en ella está referido a Cristo; por eso, María es la perfecta hija de Dios Padre, la Sierva del Señor dispuesta a hacer en todo su voluntad. Por eso también es la plena del Espíritu de Cristo, de quien es templo e instrumento perfecto.

María, por ser Compañera y Colaboradora de Cristo, es también la personificación preclara o el prototipo de la Iglesia y, a la vez, Madre de la Iglesia.

Como asunta en el cielo y coronada Reina junto a Cristo Rey, ejerce su maternidad como Madre-Educadora, poderosa y amante, de los miembros de Cristo.

Por otra parte, María, asociada como nadie a Cristo, es también la que vence a la Serpiente.

María, en esta plenitud de sus vínculos, ocupa un lugar por sobre todas las criaturas y todos los santos: es la “plena de gracias” en quien Dios muestra la perfecta armonía de lo natural y sobrenatural; es la nueva creatura en Cristo Jesús que encarna en su persona el ideal acabado del hombre y del cristiano, del discípulo misionero del Señor.

No se trata simplemente, entonces, de una devoción o preferencia personal del educador. Es Dios quien, en su plan salvífico, quiso hacer de María la creatura más extraordinaria del universo, su obra maestra, “la Perla del cosmos”, como la denomina Teillard de Chardin; su “mejor invento”, al decir de Michael Quoist; “la flor más noble de la humanidad”, según Scheeben. Ella, como se ha dicho, “sin ser el centro, está en el centro”. El evangelizador ve en María esa “Gran Señal” de luz, la “Mujer coronada de estrellas” que Dios hace surgir en la aurora de la redención en y para nuestro tiempo. Y como educador de la fe se siente llamado a ofrecerla y proclamarla en medio del pueblo de Dios.

Esta plenitud de María, tanto en su persona como en sus relaciones, permite al educador mostrar a los suyos en forma gráfica y viva el ideal cristiano.

Sabemos que lo que cuenta en educación, más que las ideas o la exposición objetiva de las verdades de la fe y de las virtudes evangélicas, son los ejemplos encarnados. María es ese ideal luminoso, que toda persona abierta a la gracia puede ver y palpar.

El educador mariano tiene que poseer la sensibilidad y tacto pedagógico necesarios para mostrar esta imagen de la Virgen, y hacerlo según la receptibilidad concreta de las personas y comunidades a las cuales acompaña. No habla de generalidades atemporales, desligadas de la realidad y de las personas y comunidades a las que sirve. Por eso muestra en la Virgen las verdades y realidades objetivas, haciéndolas cercanas y asequibles.

El pueblo cristiano, los evangelizadores y agentes pastorales necesitan hoy más que nunca un símbolo inequívoco de su fe, porque estamos inmersos en una cultura de lo vivencial y de la imagen, y porque la confusión de doctrinas y corrientes culturales y religiosas fácilmente desorienta.

Para aplicar una pedagogía que destaque la persona de la Virgen María, no necesitamos recurrir a revelaciones privadas, leyendas o fantasías. Nos basamos en la enseñanza bíblica, en la tradición y el magisterio de la Iglesia, en el dogma, teniendo un espíritu atento a lo que Dios nos quiere decir a través de los signos del tiempo.

Citamos un párrafo del Documento de Aparecida que ilustra lo expuesto anteriormente. Dice así:

La máxima realización de la existencia cristiana como un vivir trinitario de “hijos en el Hijo” nos es dada en la Virgen María, quien por su fe (cf. Lc 1, 45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf. Lc 1, 38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cf. Lc 2, 19.51), es la discípula más perfecta del Señor⁴. Interlocutora del Padre en su proyecto de enviar su Verbo al mundo para la salvación humana, María con su fe llega a ser el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo, y también se hace colaboradora en el renacimiento espiritual de los discípulos. Del Evangelio emerge su figura de mujer libre y fuerte, conscientemente orientada al verdadero seguimiento de Cristo. Ella ha vivido por entero toda la peregrinación de la fe como madre de Cristo y luego de los discípulos, sin que le fuera ahorrada la incompreensión y la búsqueda constante del proyecto del Padre. Alcanzó así a estar al pie de la cruz en una comunión profunda, para entrar plenamente en el misterio de la Alianza. (DA 266)

Con ella, providencialmente unida a la plenitud de los tiempos (cf. Gal 4, 4), llega a cumplimiento la esperanza de los pobres y el deseo de salvación. La Virgen de Nazaret tuvo papel único en la historia de salvación, concibiendo, educando y acompañando a su Hijo hasta su sacrificio definitivo. Desde la cruz Jesucristo confió a

⁴ cf. LG 53

sus discípulos, representados por Juan, el don de la maternidad de María, que brota directamente de la hora pascual de Cristo: “Y desde aquel momento el discípulo la recibió como suya” (Jn 19, 27). Perseverando junto a los apóstoles a la espera del Espíritu (cf. Hch. 1, 13-14), cooperó con el nacimiento de la Iglesia misionera, imprimiéndole un sello mariano que la identifica hondamente. Como madre de tantos, fortalece los vínculos fraternos entre todos, alienta a la reconciliación y el perdón, y ayuda a que los discípulos de Jesucristo se experimenten una familia, la familia de Dios. En María nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, como asimismo con los hermanos. (DA 267)

María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros. Ella, así como dio a luz al Salvador del mundo, trajo el Evangelio a nuestra América. En el acontecimiento guadalupano, presidió junto al humilde Juan Diego el Pentecostés que nos abrió a los dones del Espíritu. Desde entonces son incontables las comunidades que han encontrado en ella la inspiración más cercana para aprender cómo ser discípulos y misioneros de Jesús. Con gozo constatamos que se ha hecho parte del caminar de cada uno de nuestros pueblos, entrando profundamente en el tejido de su historia y acogiendo los rasgos más nobles y significativos de su gente. Las diversas advocaciones y los santuarios esparcidos a lo largo y ancho del Continente testimonian la presencia cercana de María a la gente y, al mismo tiempo, manifiestan la fe y la confianza que los devotos sienten por ella. Ella les pertenece y ellos la sienten como madre y hermana. (DA 269)

1.3. Una imagen de María vista desde nuestro tiempo

Señalamos que no basta con que el educador o agente pastoral proclame la verdad objetiva sobre María. Debe hacerlo de acuerdo a la receptividad de las personas y comunidades que sirve. Esto implica también que no sólo describa una imagen de María de validez “supratemporal”, sino que la vea y la muestre desde la realidad actual.

A lo largo de la historia de la revelación, diversas verdades de la fe han ido adquiriendo una importancia peculiar que, debido a los desafíos y la problemática de una época particular, ha sido necesario destacar con mayor vigor.

El P. Kentenich, siempre atento a lo que la Providencia divina iba señalando en los desafíos del tiempo, muestra la imagen de María como una gran luminaria orientadora en el contexto de nuestra cultura, de los

anhelos del hombre actual y de los problemas que vive. Por eso, dado el rasgo dominante de nuestra época histórica, lo hace desde una perspectiva marcadamente antropocéntrica, es decir, centrada en el hombre. Las palabras de Pablo VI en *Marialis Cultus* concuerdan plenamente con su concepción: “María no defrauda esperanza alguna del hombre actual”.

Es preciso que el educador sitúe la persona de María en el contexto del tiempo, mostrándola no como alguien inaccesible, elevada en la altura de los cielos, rodeada de ángeles, o recluida en su casa de Nazaret, ajena a lo que hoy mueve y conmueve nuestra sociedad.

El P. Kentenich la descubre y muestra, en cambio, como alguien que cuestiona, que es signo de protesta y de lucha contra los ídolos de nuestra época, y que es, al mismo tiempo, señal de luz y esperanza que responde a los valores y aspiraciones del hombre actual: la dignidad de la persona humana, la superación de las desigualdades e injusticias sociales, la definición de la identidad de la mujer y del varón, del sentido de la existencia y el valor de la vida, del compromiso de hacer historia y de construir una sociedad más solidaria y libre.⁵

2. Un nuevo vínculo con María

En todo el proceso pedagógico de cuño kentenijiano, lo central es el amor. El amor recíproco, que genera una comunidad de vida.

Si para la fecundidad del proceso pedagógico es enteramente necesaria la relación vital del educador con los educandos, de modo análogo, también ésta debe darse en la pedagogía mariana. El corazón de esta pedagogía es la relación recíproca de amor que se busca establecer entre los educandos y María. El gran logro del educador consiste justamente en posibilitar y fomentar ese vínculo personal e íntimo con la Madre de Dios.

Tradicionalmente, se habla de una consagración a María, de una entrega filial a María, de la esclavitud mariana y de términos semejantes. El P. Kentenich introdujo otro término. Él habla de una “alianza”, más específicamente, de una “alianza de amor” con la Virgen María. Por eso usa a menudo el término “pedagogía de la alianza”.⁶

Siendo esta terminología tan evidente en el contexto bíblico, sin embargo, antes de que él lo propusiera en la forma en que lo hizo, prácticamente no se usaba.

¿Qué destaca el P. Kentenich al hablar no sólo de una pedagogía mariana sino también de una pedagogía de la “alianza”? Su pedagogía es una

⁵ Se puede consultar al respecto: “*La Actualidad de María*”, del P. José Kentenich; “*La Hora de María*” y “*María y el Nuevo Orden Social*”, del P. Rafael Fernández, publicados por Editorial Nueva Patris.

⁶ Sobre el tema de la alianza puede consultarse el libro “*La Alianza de Amor con María*”, editado por Editorial Nueva Patris.

pedagogía que despierta el amor y busca establecer lazos de un amor *recíproco*.

No solo se trata de que el educador o agente evangelizador ame a los suyos con un amor servicial y abnegado; si sólo fuera ésa su tarea, no se lograría enteramente el fruto deseado. En definitiva, ese fruto se logra cuando ese amor “pedagógico” genera una respuesta y entonces se establece una comunión o comunidad de amor.

Algo semejante ocurre en la pedagogía de la alianza. Podemos admirar a María como el gran ideal y ejemplo vivo del seguimiento a Cristo. Podemos percibirla en todo lo que ella significa de cara a la realidad actual, pero lo definitivo es llegar a verla como una persona que nos ama, que está realmente a nuestro lado y no solo espiritualmente a nuestro lado. Se trata de percibirla como alguien a quien no solo admiramos y amamos filial y cálidamente, sino que sabemos por la fe que ella también en verdad nos ama, y no en general sino con nombre y apellido, con nuestras debilidades, límites y virtudes. Se trata de que lleguemos a percibirla en la fe como alguien vivo, concreto, actuante, y de establecer con ella una relación mutua de amor materno/filial. A ese amor recíproco lo llamamos alianza. Se trata de un auténtico intercambio de corazones, de bienes e intereses entre ella y nosotros.

En el uso bíblico, el término *alianza* se refiere al pacto de amor que Dios sella con el pueblo de Israel, de modo que el pueblo pasa a ser *su pueblo* y él, para el pueblo, *su Dios*. Se genera una relación bilateral con derechos y deberes de amor. Esa alianza, rota por el pueblo, Dios la restituye en un nivel infinitamente superior cuando Cristo sella con su sangre la Nueva Alianza. Por el bautismo entramos en esa alianza y por estar insertos en Cristo, pasamos al mismo tiempo a ser hijos de María.

La alianza de amor que fomenta y posibilita el educador mariano, actualiza y concreta en el tiempo la alianza bautismal, haciendo explícito en ésta el vínculo con María. Y no porque ella sea la persona más importante, esa persona será siempre Cristo, sino porque el amor a ella es parte del amor que Cristo le tiene, y nos sumerge en la profundidad del corazón de Cristo.

En este contexto, nuevamente nos iluminan las palabras de Benedicto XVI en su encíclica *Deus Caritas est*:

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. (n.1)

“No se comienza a ser cristiano”, es decir, el proceso de educación o transmisión de la fe no consiste en entregar ideas o proclamar una moral. Lo central es el “encuentro” con una persona, es algo “que acontece” en la vida de las personas y de la comunidad. Ese encuentro es justamente ese amor recíproco o alianza de la cual hablamos: es algo “que acontece” en nuestra vida.

Esto es lo que el P. Kentenich quiere asegurar con la pedagogía de la alianza. La meta es llegar al encuentro con Cristo, de persona a persona, a un encuentro personal de amor, donde recibimos y respondemos al amor que él nos regala. Y ese encuentro personal con Cristo, enfatiza el P. Kentenich, se produce en la forma más rápida, vital y segura a través del encuentro personal con María.

Repite a menudo, en este sentido, las palabras que ya hemos citado de Pio X en su encíclica conmemorativa de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, *Ad diem illum*, donde afirma que María nos regala *un conocimiento vital* de Cristo, es decir, un encuentro de amor que sucede históricamente y que, si continúa alimentándose, da frutos, transforma, dinamiza y conduce a la **plenitud de Cristo**.

Por eso, la actitud mariana y el estilo de vida mariano que persigue la vinculación a María, no responden en primer lugar a un imperativo moral o un adoctrinamiento sobre las virtudes que ella encarna. La pedagogía mariana de la alianza va mucho más allá de una pedagogía que consiste en señalar y mostrar las virtudes marianas bajo el imperativo de imitarlas.

El P. Kentenich propone un camino que intenta encender el amor y con ello la comunidad de amor con María, de donde surge la fuerza transformadora propia de todo amor verdadero: un amor que impulsa a agrandar al tú. Es decir, a ser como ella y a comprometerse, por amor a ella, con la causa del Reino. Ese amor a ella y a Cristo se concreta en un estilo mariano de vida y de trabajo, en un real asemejamiento a ella como la discípula perfecta del Señor.

Hablamos de un amor hondamente afectivo, que se traduce necesariamente en un cambio de vida, que se hace efectivo, que se prueba en obras.

La labor del educador de la fe en este proceso es capital. En primer lugar, porque si él mismo ama a María, su fuego podrá encender los corazones de sus educandos con idéntico amor por ella. Es importante, además, porque su acompañamiento refuerza e incentiva la autoeducación de los suyos, la cual asegura un real crecimiento y la necesaria madurez que debe alcanzar todo amor.

Por otra parte, el educador va abriendo camino para que, a través del amor a María, los suyos vayan atando lazos de amor no sólo con Cristo sino también con el Padre y el Espíritu Santo y con la Iglesia, y así se conviertan de verdad en auténticos discípulos misioneros de Cristo.

Resumiendo, si queremos contar con un instrumento pedagógico y pastoral eficaz, nada nos parece más adecuado que poner en marcha una pedagogía que permita, fomente y posibilite el encuentro personal con María.

Lo descrito constituye un proceso que no se da de un día a otro: los procesos pedagógicos rápidos carecen de profundidad y desaparecen también rápidamente; los procesos pedagógicos lentos, en cambio, producen frutos duraderos.

El P. Kentenich resume la idea directriz que orienta la pedagogía de alianza en el siguiente principio: *“Por la vinculación a María hacia una actitud mariana”*, que expresó también así, *“Por la vinculación a María hacia una actitud y estilo de vida y de trabajo marianos”*.

3. Una nueva dinamización del poder educador de María

La propuesta pedagógica mariana kentenijiana comprende una tercera dimensión. Se trata de tomar en cuenta un hecho fundamental: las fuerzas que tiene el educador de la fe son limitadas. Tiene que contar con su propia debilidad y falencias, y, al mismo tiempo, con la debilidad y caídas de los educandos. También ellos son limitados y tienen que superar sus desviaciones y su pecado. Agreguemos que hoy la tarea de educar la fe y de ganar para la fe, debido al medio y la cultura en la cual estamos inmersos, humanamente resulta una tarea que sobrepasa ampliamente nuestra capacidad. Ambos, el educador y los educandos, necesitan fuerzas superiores, sobrenaturales, más allá de lo normal.

Por esto, el P. Kentenich quiere abrir ampliamente las llaves de la gracia a fin de que fluya con fuerza todo el poder de amor que ha puesto Cristo Jesús en el corazón y en las manos de María, como Madre nuestra y Medianera de todas las gracias.

María, al decir de los Padres de la Iglesia, es la “Omnipotencia Suplicante”. Ella está constantemente junto a Cristo para interceder por nosotros. Como en Caná, ella dice al Señor: “No tienen vino”..., les falta el vino del amor verdadero, del servicio al hermano, del heroísmo, de la humildad... Y el Señor no puede negar nada a su Madre, la creatura que él más ama.

Quien esté consciente de las dificultades que entraña la educación de la fe y quiera trabajar por crear, mantener y desarrollar una comunidad de vida cristiana, profunda y con fuerza apostólica, hará entonces lo que está a su alcance para encontrar medios que le aseguren la fecundidad en su labor.

¿Qué puede haber más adecuado que tender las manos a Aquella que es “la gran Misionera”, la “Estrella de la nueva evangelización”, la que implora para la Iglesia un renacer, un nuevo adviento de Cristo, un nuevo Pentecostés?

Esa mediación de María se hace especialmente palpable en los santuarios marianos, que son lugares de gracia donde ella ha querido hacerse presente de forma especial, para ejercer su labor de Madre de la Iglesia y Colaboradora del Señor. Es interesante constatar que el Papa Juan Pablo II, el Papa del “*Totus tuus*”, en sus peregrinaciones alrededor del mundo, nunca dejaba de visitar un santuario de la Virgen. Él mismo había nacido y se había desarrollado a la sombra del santuario nacional de su patria: Jasna Gora.

La mediación de María, su poder pedagógico, no resta valor ni importancia alguna a la mediación de Cristo. Al contrario, todo lo que María nos puede dar, viene del Señor. Cristo se gloria en participar su grandeza y poder a las criaturas. Si cada uno de nosotros, como miembros de Cristo, estamos llamados a ser, de alguna manera, “mediadores de la gracia”, la Virgen lo es en grado excelso. Madre y Reina no son solo títulos honoríficos: expresan realidades de fondo. Ella es Madre y tiene corazón de madre, que late por nosotros; y es Reina, porque posee poder de Reina y lo ejerce. Es Reina en el mismo sentido que Cristo es Rey, tal como lo proclamó ante Pilato. Si bien Cristo no ejerce su poder como los grandes de este mundo, no por ello es menor: todo lo ha puesto el Padre en su mano. Y ese poder de amor lo ha transmitido de modo inefable a María como Reina de la misericordia.

María, Madre de la Iglesia, quiere entregarse con todo su ser a la educación de sus hijos. Para poder ejercer su misión, requiere que nosotros depositemos en ella libremente nuestra confianza, que nos dejemos formar por sus manos de Madre y Educadora y cooperemos con ella.

El P. Kentenich dice:

Ella vencerá las herejías contemporáneas. Lo hará a través del ideal de su propia personalidad y por su mediación de gracias, orientada a la formación y educación de vigorosas personalidades que tengan el ánimo de avanzar contra la corriente, según su ejemplo; que estén dispuestas a entregarse totalmente a Dios para realizar la obra redentora y que tengan el valor de dejarse crucificar por su ideal. Ella forma esas grandes figuras y las conduce, como instrumentos en sus manos, a librar la confrontación de los espíritus

que hoy se da en la arena de la vida: en la familia, en el taller, en las calles, en los senderos, en la vida política, en el gobierno”.⁷

⁷ J. Kentenich, *El secreto de la Vitalidad de Schoenstatt, tomo I*, Editorial Nueva Patris.

IV. LA LEY DE LA TRANSFERENCIA Y TRASPASO ORGÁNICOS

1. La transferencia

A fin de consolidar la base en que se fundamenta la pedagogía mariana, nos detenemos en este capítulo a considerar lo que el P. Kentenich denomina “ley de la transferencia y traspaso orgánicos”.

El esclarecimiento de esta ley permite explicar el sentido de la entrega del educador a los suyos y de estos a él y, por otra parte, explica cómo debe entenderse y cómo se justifica la entrega a María.

Primero nos referimos a la ley como tal y luego a su aplicación respecto a la Virgen María.

En primera instancia, la terminología usada por el P. Kentenich puede resultar un tanto extraña, pero es fácil de comprender. Se trata de una “ley” en sentido amplio, es decir, de una constante en el modo en que Dios conduce o gobierna el mundo.

El P. Kentenich, usando la terminología de santo Tomás de Aquino, explica que Dios acostumbra a conducir el mundo “*a través de causas segundas libres*”, es decir, a través de las criaturas que él creó a su imagen y semejanza.

Por respeto a quienes creó libres, los “toma en cuenta”, haciéndolos participar de su poder, sabiduría, amor y demás cualidades.

San Agustín acentuó principalmente el papel de la “Causa Primera”, es decir, de Dios, sin destacar el papel y aporte propio de la creatura. Fue santo Tomás de Aquino quien, asumiendo la visión de Aristóteles de las “causas segundas”, acentuó el papel de las criaturas, destacando con ello la dignidad de la persona humana y la cooperación libre y activa del hombre con Dios.

Con su doctrina, santo Tomás abre paso a un auténtico humanismo: a una visión del hombre que armoniza naturaleza y gracia, el vínculo con Dios y el vínculo con los hombres.

Ahora bien, la visión antropológica y teológica de santo Tomás, requiere ser aplicada, más allá del orden teológico o doctrinal, también en el orden de la pedagogía y de la espiritualidad.

En esta dirección se ubica el intento y aporte del fundador de Schoenstatt. Explicando el fundamento de su propuesta, formula la mencionada ley afirmando que Dios “transfiere” a las criaturas parte de sus cualidades.

Todas las criaturas participan de algún modo de sus perfecciones, pero el ser humano, por ser persona, es decir, un ser libre, capaz de dar y recibir amor, fue creado en particular a “imagen y semejanza” de Dios (Gn 1, 27).

Las personas son por ello un camino privilegiado para conocerlo y amarlo. Son “transparentes” o “representantes” suyos; una ventana que nos permite “ver” a través de ellas al Dios Creador y Redentor.

Esta realidad adquiere una nueva dimensión al hacerse hombre el Verbo de Dios. Cristo nos incorpora a su Cuerpo, identificándose con sus miembros. En el Nuevo Testamento el Señor muestra que el amor a los hermanos es la prueba de la autenticidad del amor a Dios porque, como afirma san Juan en su primera Epístola, si decimos que amamos a Dios, a quien no vemos, y no amamos a nuestros hermanos, a quienes vemos, somos unos mentirosos (Cf I Jn 4, 20). Amar a Dios con todo nuestro ser y nuestras fuerzas se prueba y lleva a cabo amando a los hermanos: en ellos se hace realidad el amor al Señor. Por eso él dice: “Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros”.

Siendo el hombre una persona libre, Dios le trata como tal y lo llama a la dignidad de ser co-creador y co-redentor en unión y dependencia de él. En otras palabras, Dios actúa y gobierna el mundo a través de personas a quienes hace co-gestores y cooperadores suyos.

El P. Kentenich parte de esta base y afirma constantemente que el amor a las criaturas es “expresión, camino y garantía” del conocimiento y del amor que le profesamos a Dios. Porque, como lo canta el Prefacio de Navidad, “por lo visible llegamos al amor de lo invisible”.

El pecado, abuso de la libertad del hombre, enturbia este proceso, ya que destruye y distorsiona la imagen del hombre, desbaratando el plan de Dios. Sin embargo, el Dios que nos creó admirablemente nos redimió en Cristo Jesús de forma aún más admirable. Cristo, redimiéndonos del pecado, sana nuestras heridas y nos regala en forma extraordinariamente superior el restablecimiento del hombre como “*imago Dei*”, al hacernos miembros de su Cuerpo, de forma que amándonos los unos a los otros, le amamos a él y entramos en comunión con él y con el Padre (I Jn c1).

Este es el trasfondo doctrinal de la ley de la transferencia. Dios transfiere sus cualidades a las criaturas. Lo hace tanto en el acto creador como en su acto redentor, a través de Cristo Jesús.

Los padres son ejemplo preclaro de esta ley, pues Dios les hace partícipes o “transfiere” parte de su poder creador y de su poder de amor. De modo semejante, Dios transfiere al educador cualidades suyas: su sabiduría, su amor paterno, etc. En definitiva, cada persona humana refleja en su ser algo de Dios.

Pero, ¿es así que cada criatura refleja en su ser al Dios Creador y Redentor? Porque vemos que los padres, los educadores y las personas en general, llamados a ser “imágenes” de Dios, se apartan de él.

El hombre, haciendo un mal uso de su libertad, puede entorpecer y desbaratar el plan de Dios por el pecado. Puede dejar de ser “imagen transparente de Dios”, pecando, distorsionado, destruyendo y obstaculizando nuestro conocimiento y nuestro amor a él.

Restaurar el orden herido por el pecado es una tarea que constantemente nos exige conversión, a los padres, a los educadores y a cada uno de nosotros.

La ley de la transferencia abarca todavía otra dimensión. Dios transfiere o hace partícipes a las creaturas de sus cualidades: de su poder, sabiduría, amor, etc., todo lo cual despierta la admiración, el amor, la entrega de quienes son objeto de lo que éstas irradian.

A esta transferencia de parte de Dios a la creatura se agrega otra transferencia: la de las creaturas: los hijos, por ejemplo, transfieren el amor, el respeto, la gratitud y entrega filial, que de suyo le deben a Dios, a sus padres.

La persona ama porque ve en el tú valores, realidades que lo atraen y que responden a su necesidad de cobijamiento, de ser recibido y contenido por ese tú.

Tras esa entrega al tú está latente la búsqueda de un tú que responda plenamente a su impulso de entrega. Pero, ningún tú humano puede dar una respuesta de amor a ese nivel, porque toda persona humana es limitada. Sin embargo, el que sea limitada no debiera ser un obstáculo insalvable, porque la persona, como criatura, es imagen de Dios y como tal está llamada a ser camino de encuentro con él, el tú divino.

Normalmente, quienes transfieren el amor que brota en sus corazones al tú humano, no poseen una conciencia explícita de que, amando a sus padres o al educador, están amando a Dios.

Esto se refleja en lo que preguntan al Señor, en la parábola del juicio final, los que están a su derecha: “¿Cuándo, Señor, te vimos desnudo y te vestimos, te vimos hambriento y te dimos de comer...?” Y el Señor les responde. “Cada vez que lo hicieron con uno de estos pequeños, conmigo lo hicieron”.

En la medida en que la luz de la fe vaya iluminando nuestros ojos, iremos viendo a Dios, cada vez con mayor claridad, en las personas nos rodean. Y, al mismo tiempo, mientras más aparezca en nosotros –padres, educadores o hermanos– el hombre nuevo creado según Cristo Jesús, tanto más fácil les será a ellos descubrir a Dios en nuestra persona y en nuestro actuar.

2. El traspaso orgánico

Junto a la transferencia, hablamos de un “traspaso” orgánico. Con el término “traspaso” se alude al hecho de que quien recibe el amor de los hijos, de los educandos, de los hermanos o amigos, debe “traspasar” ese amor a Dios. Se ama a los padres o educadores, y ellos, que reciben ese amor en su corazón, están llamados a traspasar o conducir ese amor a Dios. El amor que reciben les pertenece a ellos y a Dios.

Todo educador se sabe, o debiera saberse, representante e instrumento del Dios Creador y Redentor. Por eso, no guarda para sí ese amor, respeto y entrega, sino que los acoge y los conduce hacia quien en definitiva debe llegar.

Cuando el P. Kentenich explica esta ley, agrega otro adjetivo: habla de una transferencia y traspaso “orgánicos”. Lo “orgánico” alude a lo que sucede, por ejemplo, en el cuerpo humano y en cada una de sus partes: no se pueden separar “mecánicamente” unas partes de las otras, así como se “desmonta” una máquina. En el cuerpo existen órganos que, estando unos en, con y para los otros, forman ese “todo orgánico” que es el organismo.

El traspaso es orgánico, es decir, quien recibe amor no deja de amar a quienes lo aman, no renuncia al amor que recibe, pero lo hace desembocar en el amor a Dios. Si alguien se vincula sanamente a una persona, a través de ella llegará al resto de la realidad en la cual vive y está inserta la persona a quien ama. Los padres y educadores son así instrumentos privilegiados como camino del conocimiento y del amor a Dios.

Este “traspaso”, por lo demás, se hace palpable en el mundo del amor humano: quien ama personalmente a un tú, a partir de la misteriosa unión que crea el amor, es conducido en forma natural al mundo de relaciones que le es familiar y querido a aquella persona; hará suyo su mundo y será conducido por ella a otras personas y a otras realidades.

Una vinculación inorgánica, egoísta, lleva a quedarse sólo en la propia persona, guardando para sí el amor y entrega que le regalan los suyos. De esa forma, en lugar de convertirse en un camino que conduce a otras personas, se convierte en un callejón sin salida.

Dicho en otra forma: lo normal y sano es que “se llega a ser amigo de los amigos de mi amigo”. Si una amistad lleva a cortar los vínculos con las otras personas a las cuales se está ligado, esa amistad es inmadura y, por tanto, debe ir venciendo el egoísmo, el estar centrado o “enclaustrado” en el otro y con el otro.

No resulta difícil constatar cómo muchos amores inmaduros aíslan. En cambio, si el amor madura, poco a poco va asumiendo y comprendiendo el

mundo de la persona que ama.

Dios es un pedagogo del amor: en su plan de amor, en su modo de regir el mundo, ha querido conducirnos hacia él a través de lazos humanos. El sentido del amor cristiano, del amor a los hermanos, es conducirnos, en último término, por el corazón del hombre hacia el corazón de Dios.

Si vamos hacia Dios, esos lazos de amor no deben ser cortados mecánicamente; al contrario, la relación interpersonal debe conducirnos a Dios, de modo que se pueda decir: yo en ti, tú en mí y ambos, estando el uno en el otro, nos encontramos en Dios.

Lo mismo vale para la auténtica comunidad cristiana. Ésta no es solamente horizontalidad, sino que en la horizontalidad sabe encontrar la dimensión de la verticalidad que lleva hacia Dios; de forma semejante, desde la verticalidad desciende y hace fecunda la horizontalidad.

Sin traspaso orgánico, sobre todo sin traspaso orgánico hacia Dios, todo amor es frágil y termina siendo infecundo, centrado en sí mismo.

La ley del traspaso orgánico requiere, por lo tanto, que el educador conduzca hacia Dios el amor que recibe de los suyos.

3. Aplicación de la ley de la transferencia y traspaso orgánicos a María

Es Dios quien ha querido, de acuerdo a la ley de transferencia, hacer partícipe a María, en forma extraordinaria, de sus perfecciones. Como se ha explicado, él quiere llevarnos hasta sí por medio de personas humanas, a través de lazos humanos (Cf Os. 11, 4). Por eso el Verbo se hizo carne: porque Dios, en su Hijo, quiso hacerse más cercano. En la línea de esta misma lógica divina, Dios quiso entregarnos en una criatura, en María, el ideal perfecto del hombre redimido. Quiso darnos en María un caso preclaro, perfecto e insuperable de imitación y seguimiento de Cristo.

María, en las palabras de Karl Rahner, es "la realización concreta del cristianismo perfecto... el ser humano cristiano por excelencia... todo lo que la fe dice sobre la realización de la redención, de la salvación, de la gracia, de la plenitud de la misma, se halla realizado en María". (*María, Madre del Señor*)

La imagen de María posee *un valor en sí misma*, por la plenitud de su humanización y divinización, por la armonía de su ser como persona humana plenamente redimida en Cristo. También tiene *un valor simbólico*, como prototipo ideal para el hombre, para el cristiano y la Iglesia. Dios transfirió a la Plena de gracias toda la riqueza que podía entregar a una criatura. Lo hizo en bien nuestro.

El valor que tiene este hecho es más evidente aún en una época en que

existe tanta desorientación y tanta diversidad de doctrinas.

Actualmente se debaten tantas ideas, tantos métodos, tantas definiciones y tantas fórmulas para ser cristiano, que la gente se desorienta, y con razón... La gente necesita un símbolo vital de su fe; es un imperativo para vivirla con seriedad. En este sentido, María es un camino pedagógico ideal: Ella ilustra gráficamente todos los dogmas, ella hace cercanos y concretos todos los misterios de la fe. (P. Hernán Alessandri, *Mes de María*).

Dios, en su sabiduría pedagógica, sabía que necesitábamos un ideal alto, noble, claro, vital, encarnado. El hombre no se entusiasma ni se transforma en primer lugar solo por ideas. Los antiguos decían: "*Verba docent, exempla trahunt*", las palabras ilustran, los ejemplos arrastran. Es por eso que todo movimiento que quiera transformar y educar, busca ideales encarnados. Lo podemos observar en todos los campos.

El Dios Creador y Redentor ha actuado en forma extraordinaria al transferir a María todo lo que ella es y significa, tal como ella misma lo canta en el Magnificat. Por eso, es natural que ella posea un atractivo especialísimo sobre el corazón del hombre y del cristiano; es natural también que, por nuestra parte, transfiramos a ella, como un hijo a su madre, toda nuestra necesidad de cobijamiento y capacidad de entrega.

A nadie le puede parecer extraño que nos entreguemos con todo el corazón a una criatura noble; mucho menos aún que nos entreguemos a la más noble de las criaturas con toda nuestra capacidad de amar.

Si en el amor humano en general, y especialmente en el amor que se da entre el educador y los suyos, debe aplicarse la ley del traspaso orgánico en forma consciente, en el caso del amor a María esta ley actúa espontáneamente, es decir, ella no retiene para sí misma el amor filial que recibe de sus hijos: todo ese amor, íntegramente, lo lleva en su corazón hasta la profundidad del amor a Cristo y a la Santísima Trinidad, a la Iglesia y a los hombres. Su razón de ser es Cristo y todo en ella desemboca en Cristo: ella se da y pertenece a Cristo con todo lo que es y tiene, con todos aquellos que se han entregado por entero a ella. Y el Señor acoge ese amor de María, que abarca nuestro amor, como don de María y nuestro.

V. MOVILIZACIÓN DE VALORES MARIANOS SEGÚN LA PERSPECTIVA DE INTERESES

1. Una pedagogía orientada psicológicamente

Profundizaremos en este capítulo dos aspectos centrales de la pedagogía mariana. El primero se refiere específicamente a la motivación a través de valores marianos y, en segundo lugar, abordamos la pedagogía de la alianza

La tarea del educador consiste en motivar y captar el impulso vital del desarrollo de sí mismo que posee toda persona humana. Está llamado a servir y enaltecer la vida de las personas y comunidades a su cargo, saliendo al encuentro de sus tendencias y anhelos más profundos, motivándolos y ayudándoles a orientar su vida y crecimiento hacia la plenitud de los talentos que Dios ha puesto en ellos y de las tareas que él señala a través de los signos del tiempo.

Como se ha señalado anteriormente, esta labor la ejerce como educador, “pedagógicamente”, con una orientación psicológica, y no como un profesor que explica simplemente su materia en forma objetiva y clara. El educador - los padres de familia, los agentes pastorales, etc. - debe saber adaptarse a la receptibilidad de los suyos a fin de captarlos en la integridad de su ser y no sólo de su inteligencia.

En este sentido, se define la pedagogía mariana como *una movilización de valores marianos según la perspectiva de intereses de los educandos.*

Como pedagogo, el educador busca mostrar a los suyos, en forma atrayente, el ideal o la riqueza de valores que encarna la Madre de Dios. Ahora bien, esa presentación no la realiza solo en forma lógica o puramente objetiva, sino psicológicamente orientada: no actúa según una lógica rígida; no es un profesor que instruye, ni un moralista que simplemente plantea principios o exigencias. El educador se adapta al sujeto que educa. Por eso, no ejerce su tarea según un esquema teórico preconcebido, o solo mediante una exposición del ideal y las virtudes marianas objetivas, sino que lo hace de acuerdo a la realidad y receptibilidad propias de los educandos.

Su tarea primaria es servir la vida de los suyos. De allí la necesidad de que, ante todo, observe y se abra a las condiciones de las personas y de las comunidades a las cuales educa; que trate de descubrir sus anhelos, sus inquietudes y los valores que los mueven. En otras palabras, trata de captar la “perspectiva de intereses” que palpita en el alma de los suyos. .

El pedagogo mariano no violenta la realidad de las personas que educa. En nuestro caso, no impone la persona de María, quiéranlo o no los suyos.

El éxito de su actuar está condicionado a su sensibilidad para "sentir" con ellos, para percibir la vida existente, para adentrarse en su problemática y saber leer en sus almas sus anhelos más profundos.

2. Proceso de acercamiento y captación

2.1. Tomar contacto personal

Para ello, el educador ha de buscar, en primer lugar, **establecer un contacto personal con los educandos**. No aparece como un "sabelotodo" centrado en sí mismo y en sus propios intereses. Ante todo le preocupan las personas que tiene frente a sí, y por eso quiere conocer lo que les interesa, su mundo.

2.1.1. Buscar los puntos de contacto

Trata entonces de **captar los "puntos de contacto"** que se dan entre ellos y él, lo cual le permite acercarse y empatizar con ellos y hablar su lenguaje.

2.2. Descubrir lo que interesa a los educandos

A partir de este contacto y acercamiento inicial, **intenta ir descubriendo los valores que hay en los suyos y en su historia**.

En la medida en que ellos se sientan acogidos y valorados, se irán estrechando los lazos de afecto entre ambos, educador y educando. De esta forma se irán manifestando más hondamente los intereses concretos y valores que están vivos en su interior.

2.3. Afirmar y fomentar los valores

El educador reafirma esos valores y apoya a los suyos en la conquista de los mismos. Por ejemplo, si son personas que poseen un sentido comunitario y tienen interés o preocupación solidaria por los demás, capta entonces esos valores comunitarios y de servicio, los reafirma e impulsa para que los vivan más profundamente, señalándoles su importancia para ellos mismos y para la sociedad. Si, en cambio, las personas o comunidades que se le ha encargado poseen una marcada inclinación a la vida de oración o a la liturgia, el educador sabrá destacar el valor que ello entraña, lo reafirmará y mostrará caminos y posibilidades de crecer en esa dirección.

Otro ejemplo: si se le encarga una comunidad fuertemente captada por el compromiso apostólico, asumirá esa vida, afirmando los valores positivos que existen en ella, sin tratar de conducirlos forzosamente a una vida de oración para la cual, en ese momento, no están especialmente receptivos.

En el caso de una persona o una comunidad con una experiencia de fuerte vinculación a Cristo, lo primero que deberá hacer el educador es apoyar

esa vida, aunque esté convencido de que, cultivando un fuerte vínculo con María, esa relación con Cristo se hará aún más honda. En este caso reafirma el vínculo con el Señor y, luego a partir de ese vínculo, los conducirá paulatinamente a amar a María como Cristo la ama.

2.4. Relacionar los valores de los educandos con los valores marianos

En estas circunstancias, al educador le será posible ir relacionando los valores e intereses que ha descubierto en los suyos con los valores marianos. No lo hace por un capricho o simplemente porque “él ama mucho a la Virgen”, sino porque está convencido de que la persona y el vínculo con ella será el mejor camino para que ellos se descubran a sí mismos en su vocación de discípulos del Señor, y así alcancen la plenitud de su desarrollo.

En los momentos y circunstancias adecuadas, irá mostrando la relación que existe entre los valores que a ellos les interesa, y los valores marianos. Entonces ellos podrán ir comprendiendo mejor la persona y la importancia de la Virgen María, ya que la perciben en relación a lo que está vivo en ellos y no como algo ajeno a su realidad.

Se trata, como todo en pedagogía, *de un proceso lento y orgánico*, ni mecánico ni planificado simplemente por la lógica: no hay que forzar la vida, aunque ciertamente sí hay que conducirla y orientarla.

La necesidad de orientar el proceso a un cauce mariano se funda en la explicación antes dada: María es el camino más rápido, directo y seguro para introducirnos en la profundidad del mundo sobrenatural y llevarnos a Cristo, tanto porque ella encarna la plenitud del ideal del hombre nuevo en Cristo Jesús, como por la fuerza transformadora que posee el amor a ella.

2.5. Afianzar una comunidad o grupo de vida

Por esta senda pedagógica, poco a poco se irá dando en el proceso educativo la creación de una atmósfera mariana donde, sobre todo tratándose de una educación comunitaria, se irán asimilando los valores evangélicos bajo el amparo y presencia espiritual de María. Cada miembro de la comunidad irá entonces aportando lo suyo y juntos constituirán una vigorosa comunidad de vida, de acción y de compromiso apostólico.

Paulatinamente, los valores marianos pasan a ser para las personas y la comunidad valores subjetivos, es decir, los educandos los van haciendo suyos. La persona de la Virgen llega entonces a ocupar un lugar especial en sus vidas y progresivamente se irá generando una real comunidad de amor y de intereses con ella. Es decir, *se establecerá consciente o inconscientemente una alianza de amor con ella: María pasa a ser una persona real, presente y viva para ellos.*

2.6. Movilizar la autoformación

Es tarea del educador fomentar y ayudar a que el amor a María se traduzca en un real cambio de vida, de despojo del hombre viejo y de un revestirse del hombre nuevo. Para lograrlo, mueve a los suyos a que asuman una autoformación clara y consciente. De esta forma su amor a María madura, se purifica y se muestra en una real conversión personal.

A partir del encuentro personal con la Virgen María, las personas y la comunidad irán descubriendo su propio ideal personal o comunitario, y de esta manera acentuarán los valores marianos con los cuales se sientan más identificados según sus talentos, su historia personal y la misión que el Señor les ha confiado. De esta forma, *la autoformación pasa a ser parte constitutiva del amor a María*: su esfuerzo de conversión y crecimiento espiritual estará animado “desde dentro” por la comunión o alianza con ella.

2.7. Integrar en un horizonte más amplio

El educador, atento al desarrollo de los suyos y a lo que el Espíritu Santo va suscitando en ellos, irá mostrando caminos que lleven a abrirse a la riqueza de los vínculos con las personas del mundo sobrenatural, caminos que lo orienten hacia la plenitud del hombre nuevo creado según Cristo Jesús, y a los medios que el Señor nos ha regalado para lograr esa plenitud: la Palabra, los sacramentos, la comunión eclesial, en definitiva, todo lo que corresponde a un cabal discípulo misionero del Señor.

3. Triple dimensión de la perspectiva de intereses

Profundizando lo anterior, el P. Kentenich especifica que la perspectiva de intereses de los educandos posee una triple dimensión, a saber, una perspectiva instintiva o inconsciente, una perspectiva racional o consciente y una perspectiva sobrenatural.

Las distinguimos metodológicamente ya que, en la realidad, son parte o aspectos de un solo proceso vital.

Como se indicó anteriormente, cada persona y cada comunidad posee una receptividad propia, que el educador debe conocer y captar, y a la que debe responder. Ciertamente, el educando no necesita conocer explícitamente este proceso: la idea es que para él todo se dé del modo más natural posible, sin que medie una reflexión excesiva.

El pedagogo debe entonces captar la triple perspectiva de intereses, ya sea en forma espontánea, por ser él mismo una persona marcadamente intuitiva, o bien mediante la reflexión y observación del comportamiento y expresiones de vida de los suyos.

Todas las personas tienen ***anhelos e intereses que surgen desde la***

esfera instintiva de su ser, tales como el anhelo de cobijamiento, de conservación, de amar y ser amado, de ser valorado, de creatividad, etc.

Las personas también tienen **intereses racionales o conscientes** – primariamente en el orden natural–, que se refieren a lo que aspiran a partir del conocimiento propio y de la realidad que las rodea. Si, por ejemplo, un educando vive en una sociedad donde se da un fuerte interés por la ecología o la solidaridad, o bien donde está vivo el espíritu de trabajo y la responsabilidad, o la búsqueda de la libertad, aspirará “casi naturalmente” a esos valores, porque en su medio se aprecia, se habla y se vive en ese mundo. Lo que él estará escuchando, y lo que por tanto reflexiona, gira en torno a esos valores, o al “espíritu objetivo del tiempo”, como también se le ha denominado.

Por esto, el educador tiene que estar con los dos pies puestos en la realidad. Debe conocer los valores dominantes en la cultura y también los ídolos y antivalores que reinan en el ambiente, para poder detectar lo valioso que hay detrás de ello y, a la vez, poder desenmascarar los antivalores en boga.

Existe una tercera dimensión de los intereses, la que llamamos **perspectiva sobrenatural de intereses**. Ésta se da en personas y comunidades ya iniciadas en el mundo de la fe. Para ellos, entonces, constituirán un valor y tendrán sentido, por ejemplo, beber de la Palabra de Dios, adentrarse en la vida de Cristo, o acercarse a la Virgen María, o interesarse por la vida de la Iglesia, etc.

La importancia de conocer y aplicar una pedagogía de acuerdo a esta triple receptividad o perspectiva de intereses es particularmente relevante hoy, dado que en muchos casos no se puede comenzar a evangelizar ni transmitir la Buena Nueva en forma directa. A menudo se habla sin que la palabra mueva mayormente a hacer propias las verdades que se proclaman. O bien, lo que también sucede, se expone la verdad revelada en un lenguaje que sólo comprenden “los iniciados”, los creyentes, pero que no capta a los no creyentes. Y cada vez es mayor el número de los “creyentes” que, en realidad, no creen, sino que, en el mejor de los casos, solo poseen una religiosidad por tradición.

Es claro que para estar en condiciones de proponer a los suyos los valores marianos de modo que les sean comprensibles y atractivos, y para entusiasmarlos para que los hagan propios, el educador necesita conocer a fondo ese mundo objetivo de valores.

Esto significa que debe descubrir en la persona de María el compendio vital de la Buena Nueva y del perfecto discípulo de Cristo Jesús. El educador mariano no se puede contentar con un conocimiento básico sobre la Madre del Señor. Es preciso que esté familiarizado con una

exégesis mariana actualizada y con la enseñanza sobre ella del magisterio y la mariología.

Por otra parte, y esto es particularmente importante en el contexto anteriormente señalado, tiene que descubrir o redescubrir la persona de María a la luz de los signos del tiempo y de los anhelos profundos que palpitan en las personas y comunidades que sirve.

Cada época histórica nos lleva a descubrir una nueva faz de Cristo. Por ejemplo, la imagen de Cristo de san Benito es muy distinta a la imagen de Cristo de san Francisco de Asís. Siempre se trata, por cierto, del mismo Cristo, pero se destacan aspectos de su persona que antes no aparecían en primer plano. Algo semejante sucede si consideramos la visión de san Ignacio o de otros santos en la historia de la Iglesia: la infinita riqueza del Verbo de Dios encarnado siempre se va mostrando con mayor amplitud y riqueza.

Algo semejante sucede con la persona de María: poco a poco la Iglesia la ha ido descubriendo. Es diversa la comprensión que se tenía de María en los primeros siglos, a la de la Edad Media o la que se da en nuestro tiempo. No podemos predicar de ella como se hacía en el siglo 12 o 19.

¿Cuál es la imagen de María vista de nuestra época? Esta pregunta para el pedagogo mariano es de gran importancia.

La Virgen María aparece bajo una nueva luz si la contemplamos desde los signos del tiempo.

Por otra parte, también se debe considerar que el descubrimiento de nuestro mundo instintivo e inconsciente, nos lleva igualmente a descubrir en María y destacar en ella nuevas facetas de la riqueza que el Dios vivo regaló a la Plena de gracia.

La exposición de la triple perspectiva de intereses que detallamos a continuación esperamos que vierta luz al respecto.

Estas son reflexiones para el educador y de ninguna forma temas para exponer a los educandos tal como aquí se muestran. Se trata justamente de que el educador entregue la riqueza mariana de acuerdo a la receptividad subjetiva de los suyos. Pero, para poder hacerlo, él mismo tiene que poseer un conocimiento global y objetivo de la Madre del Señor.

Damos ahora una breve explicación de cada una de las tres perspectivas de interés antes señaladas.

4. María responde a la perspectiva de intereses instintiva o inconsciente

El hombre no se mueve sólo por anhelos e intereses conscientes o racionales sino, por el contrario, su acción está determinada en gran

medida por el subconsciente, por las fuerzas instintivas o impulsos primarios de su naturaleza.

A muchos, este mundo les merece recelo y prefieren ir derechamente a “lo claro”, a lo que se puede ver y analizar racionalmente. Sin embargo, como reza un antiguo adagio: “Lo que no se asume no se redime”.

No hay que tener recelo de que la pedagogía mariana recoja los procesos afectivos y subconscientes de la persona. Aún más, ése es un aspecto importante del carisma encomendado a la Virgen María: hacer que esas regiones de las personas, que han sido reprimidas o no consideradas por tendencias racionalistas o de corte rigorista, sean vitalmente penetradas por Cristo.

Si no se captan y encauzan los impulsos instintivos en el sentido querido por Dios, estos serán captados en el sentido contrario a lo que Dios quiere, y con las consecuencias que de ello se siguen. Esto se puede comprobar en la realidad actual: hoy reina un desenfreno instintivo y vital que genera desintegración y corrupción.

Un cristianismo purista, intelectual, lleva al hombre de hoy, especialmente al latino, que es emotivo, a canalizar su vida afectiva al margen de la fe, y con ello se facilita un progresivo alejamiento de la Buena Nueva.

Un estudio profundo de la psicología de la gracia nos muestra una maravillosa armonía entre las necesidades instintivas del hombre y las verdades de la fe.

Freud, considerando este hecho, concluyó que la religión no era otra cosa que una pura ficción del anhelo, un invento de la imaginación y de impulsos instintivos. Nosotros, en cambio, vemos en este hecho la maravillosa armonía creada por Dios entre lo sobrenatural y lo natural. Para graficarlo, diríamos que Dios creador hizo el pan y la fruta, y puso en la creatura el instinto de conservación y el hambre. No es el hambre el que fabrica el pan. En otro ejemplo, vemos que el niño busca a la madre instintivamente; él no crea a la madre, ella existe antes que él y da respuesta a su anhelo, a su necesidad, a su impulso vital.

Más aún, los anhelos profundos del alma sólo encuentran plena respuesta en el orden sobrenatural, y esto no es “alienación” o “ficción”, sino consecuencia del orden de ser, de la realidad objetiva y existencial del hombre.

¿A cuál de estos anhelos responde María en particular? ¿Por qué María, según el plan de Dios, ejerce una atracción tan poderosa sobre el corazón humano?

Responderemos esta pregunta revisando a continuación algunas de estas necesidades básicas que brotan desde el inconsciente.

4.1. María responde a la necesidad de cobijamiento existencial

Existe en nuestra naturaleza un instinto básico que se puede describir como el anhelo por el cobijamiento materno. Todo hombre es un ser finito, un ser "*ab alio*", que viene de otro. No existe por sí mismo ni tiene asegurada su existencia: existe y puede dejar de existir. Como decía M. Heidegger: de lo único que el hombre está seguro es de que va a morir.

De ahí que el instinto filial esté inscrito en su misma estructura ontológica; es el anhelo de dependencia y de cobijamiento filial. Su ser es "*ad aliud*", orientado hacia otro. Este cobijamiento existencial lo encuentra, o debiera encontrarlo, en personas; en primer lugar, en sus progenitores. A través de su vida estará siempre necesitado de ser acogido, valorado y amado. No se basta a sí mismo. Por eso el adagio "*veh soli*", ¡ay de los solitarios!

Sin embargo, aunque encuentre cobijamiento en personas que lo rodean, lo que en nuestra cultura es cada vez más difícil, ninguna criatura de esta tierra podrá "asegurarle" ese cobijamiento como él lo quisiera. Las otras criaturas también son falibles y el amor humano es limitado. Su existencia está llena de contradicciones, de desengaños, de desgracias, que la persona no logra "dominar" ni controlar por sí misma.

Por eso palpita en todo hombre un secreto anhelo de trascendencia, de Dios, de ese ser que puede responder verdaderamente a su inseguridad y angustia existencial.

Hoy se exalta al hombre y se pretende hacer de él un "súper-hombre", un titán, negando su carácter de criatura. El resultado es su quebrantamiento interior, un vacío que termina siendo patológico. Se puede acallar el anhelo de Dios y de trascendencia, pero a la larga éste siempre brotará desde lo más profundo de su ser.

La Buena Nueva anunciada por Jesús da respuesta a este anhelo. Nos habla de la paternidad de Dios Padre y del amor del Buen Pastor, que conoce a sus ovejas y las cuida de modo que ninguna de ellas se pierda.

Y ese Dios que nos creó y redimió (de la angustia y la desesperanza), quiso allanarnos más el camino hacia él: así como nos dio a nuestras madres como cobijamiento primario, nos dio también una madre en el orden sobrenatural.

De allí el anhelo "inconsciente" que nos conduce a María, que nos abre a ella. Ella capta "naturalmente" nuestro corazón, sin mayores explicaciones racionales. Ése es el "fenómeno" de la evangelización, que una y otra vez se puede constatar, por ejemplo, en los lugares de peregrinación marianos. Ella no es una ficción de nuestro anhelo (la necesidad de cobijamiento materno) sino que es una respuesta a ese anhelo puesto por Dios que nos creó y que sabe lo que es necesario para conquistarnos y

para ganar nuestro corazón.

El documento de Puebla expresa bellamente este proceso:

María, Madre, despierta el corazón filial que duerme en cada hombre. En esta forma, nos lleva a desarrollar la vida del bautismo por el cual fuimos hechos hijos. Simultáneamente, ese carisma maternal hace crecer en nosotros la fraternidad. (DP 295)

Ella, como sacramento materno del amor y misericordia de Dios, nos ayuda a cumplir con la condición ineludible para entrar en el reino de Dios: ser como los niños. Ante nuestra Madre no necesitamos asumir fachadas de perfección, ni hacer alarde de una fortaleza que no poseemos. Simplemente nos damos con sencillez filial.

El educador de la fe conoce el anhelo de cobijamiento, y está en sus manos encauzarlo y darle respuesta. Ciertamente él mismo debe responder a éste con su forma de acoger a los suyos, pero, en definitiva, le dará una respuesta más segura y eficaz cuando les transmita el amor de María, cuando les abra el camino hacia su corazón y, en su corazón, hacia el Dios Uno y Trino.

4.2. *María responde al instinto social del ser humano*

El hombre está ontológicamente orientado hacia la vinculación personal y local. Es un *ser-en-el mundo* y un *ser-para-el-tú*. La antropología moderna se ha encargado de fundamentar y probar esta realidad. La persona no encuentra su plena realización en ideas o en obras exteriores; sólo llega a ser persona y a desarrollar toda la potencialidad de su ser en la vinculación personal a un tú y en la integración social. Se descubre a sí mismo en la medida en que se relaciona con el tú.

Ahora bien, no rara vez sucede que se despoja a la religión y a la vida de fe de su carácter personal, convirtiendo a la Iglesia en una institución donde a menudo abunda el impersonalismo.

Muchas veces se presenta la religión cristiana como un conjunto de ideas y normas, de modo que las personas no pueden descubrir la riqueza de la verdad revelada a través de un encuentro personal de tú a tú. En nuestros templos se reúnen personas que no saben unas de otras. A menudo no hay ni se cultiva la comunidad. En un mundo impersonal, la realidad del Dios personal se desvanece con facilidad de la vida religiosa y espiritual; las verdades de la fe se despersonalizan, incluso hasta reducirlas a una ideología o construcción doctrinal.

Algo semejante sucede en la vida sacramental. Preguntémonos hasta qué punto y cómo se percibe la presencia personal de Cristo en la eucaristía. Se realizan ritos, se insiste en las formas litúrgicas y en muchas otras cosas, de hecho secundarias, quedando en segundo o tercer plano el

encuentro personal con el Señor, el carácter comunitario de la Iglesia y de las celebraciones litúrgicas. Pero si la vida de la fe no tiene una impronta personal, si no hay comunión, si no hay familia, entonces no hay Iglesia.

Desde esta perspectiva, la presencia de María adquiere nueva luz para el educador y el agente pastoral. Si María está, el anhelo de una entrega personal y de formar familia encuentra respuesta.

La búsqueda de lo personal encuentra en María una respuesta singular. El mundo de la fe nos llega por ella en forma cercana y familiar. María no se puede “ideologizar” tan fácilmente.

Afirma el Documento de Puebla:

Por medio de María, Dios se hizo carne; entró a formar parte de un pueblo; constituyó el centro de la historia. Ella es el punto de enlace del cielo con la tierra. Sin María, el Evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en racionalismo espiritualista” (n, 301).

Por eso María forma familia. Dice Aparecida:

Como madre de tantos, fortalece los vínculos fraternos entre todos, alienta a la reconciliación y el perdón, y ayuda a que los discípulos de Jesucristo se experimenten como una familia, la familia de Dios. En María nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu santo, como asimismo con los hermanos”. (N.267)

Quien encuentra a María, encuentra a una persona, un tú a quien puede entregar su amor. Entonces no se corre el peligro de perderse en ideas, en formalismos o en actividades que por sí mismas nunca darían sentido a la propia existencia ni llenarían el anhelo de un encuentro personal-sensible.

María ejerce una peculiar función en relación a ser y crear familia. Las personas, de una u otra forma, buscan la comunidad, se sienten acogidas y seguras cuando forman parte de un grupo. Ahora bien, la persona de María sale al encuentro de este anhelo: ella es camino y garantía del encuentro comunitario; ella genera comunidad en torno a sí.

Las personas quieren encontrar en la Iglesia una familia y la encuentran más fácilmente cuando María está presente. No en vano el Dios que nos creó y redimió, nos regaló una Madre. El Dios que es Familia de tres Personas en una sola naturaleza quería que nosotros, a imagen y semejanza suya, fuéramos también familia. Y no existe camino más eficaz para serlo que la presencia de una madre, de nuestra Madre y Reina. En el Documento de Puebla se afirma:

María es verdaderamente Madre de la Iglesia. Marca al Pueblo de Dios. Pablo VI hace suya una concisa fórmula de la tradición: ‘No se

puede hablar de la Iglesia si no está presente María' (MC 28). Se trata de una presencia femenina que crea un ambiente familiar, la voluntad de acogida, el amor y el respeto por la vida. Es presencia sacramental de los rasgos maternales de Dios. Es una realidad tan hondamente humana y santa que suscita en los creyentes las plegarias de la ternura, del dolor y de la esperanza. (DP, 291).

En el mismo sentido se afirma en Aparecida:

Como en la familia humana, la Iglesia-familia se genera en torno a una madre, quien confiere "alma" y ternura a la convivencia familiar. María, madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión. (DA 268)

4.3. María responde al instinto por lo sensible, por la vinculación a las cosas y a los lugares

Hemos aludido anteriormente al hecho de que muchos se escandalizan por el "sentimentalismo" y "fetichismo" que se manifiesta en la piedad popular mariana. Por cierto que existen desviaciones que hay que corregir, tal como hemos afirmado. Pero otra desviación igualmente nociva suele darse en el sentido contrario: la del "espiritualismo" y "sobrenaturalismo". Se quiere una religión "pura", "verdadera", "sin contaminaciones".

Este error sociológico y teológico aleja a muchos de la Iglesia, porque desconoce, niega la naturaleza humana: somos de carne y hueso, espíritu y materia, espirituales y sensibles.

Es un grave error antropológico y religioso disminuir o dejar sin respuesta este instinto básico. Dios no lo hace: él nos creó y nos trata de acuerdo a la modalidad y naturaleza que nos regaló. Nuestro Dios es un Dios que se manifiesta y que, en la plenitud de su acercamiento al hombre, da un paso inaudito: se hace hombre. "Y el Verbo se hizo carne", afirma san Juan solemnemente en el prólogo de su Evangelio, y confiesa:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, es lo que les anunciamos.

Porque la Vida se hizo visible, y nosotros la vimos y somos testigos, y les anunciamos la Vida eterna, que existía junto al Padre y que se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa. (I Jn 1, 1-3)

El mismo Dios que se manifiesta en forma sensible, se vale de lo sensible para atraernos a sí: funda la Iglesia, una entidad visible y concreta; instituye los sacramentos, que definimos como “signos sensibles y eficaces de la gracia”; llega a nosotros a través de personas, también de carne y hueso. Nuestra religión posee un marcado carácter “encarnacional”. No podemos despojar de ese carácter que le es propio a la vida, la espiritualidad o la pedagogía.

No dar importancia a lo sensible no sólo implica negar nuestra propia naturaleza, sino también empobrecer y limitar la posibilidad de un encuentro “humano” con el Señor de la vida (no somos ángeles).

¿Qué sería del hombre si no pudiera expresar su amor a través de lo sensible, de la palabra, de gestos, de caricias? ¿Sería acaso imaginable un amor matrimonial sin la expresión sensible y carnal de ese amor? No necesitamos abundar más al respecto, porque son realidades en verdad más que evidentes. ¿Por qué, entonces, descuidar o no valorar la expresión sensible de nuestra fe, despojándola de lo afectivo, de lo sensible y visible?

En esta lógica se sitúa, en el plan de Dios, la presencia y acción de María. Dios quiso que ella respondiese al anhelo de encontrar a Dios que existe en las personas, y de encontrarlo a través de signos sensibles, de cosas, lugares y personas. El pueblo, especialmente el pueblo sencillo, y aquellos que no se han contaminado por una cultura racionalista y materialista, se abren con sencillez al encuentro con este extraordinario “signo sensible” de nuestra fe, que es la Inmaculada, y también buscan en forma natural expresar su amor y apego a ella en las más variadas formas y simbologías religiosas.

El pueblo de Dios lo necesita; cada uno de nosotros lo necesita. La expresión sensible de nuestra fe y piedad nos enriquece. Lo contrario nos empobrece, hace raquítica nuestra religiosidad.

Si quien ama necesita expresar su amor en gestos sensibles, si naturalmente se apega a cosas que le recuerdan al ser amado, si algunos lugares dejan de ser indiferentes porque están ligados a vivencias de encuentro personal, ¿por qué no entender el significado de un cirio encendido, de una peregrinación, del apego a una imagen de María y del querer tocar el manto de la imagen que la hace presente? ¿Será que en realidad no hemos experimentado suficientemente el lenguaje propio del amor en el plano natural? Pareciera que muchas veces fuese así. O bien, para muchos, lo sensible es sinónimo de lo sexual no redimido: su mente y sensibilidad no logran ver “sanamente” el mundo de la afectividad.

4.4. María responde al anhelo de liberación de la propia culpa

El hombre posee un fuerte instinto y necesidad de liberación y redención. Como dijimos, nuestra realidad natural es frágil, más aún a causa de las heridas que ha dejado en ella el pecado original y los pecados personales. Esa fragilidad nos lleva a pecar y a hacer justamente aquello que no quisiéramos hacer. Y esto lo registra nuestra conciencia, que nos acusa. Por eso, desde lo más profundo, el ser humano experimenta la necesidad de deshacerse de sus ataduras, de ser perdonado, de liberarse del sentimiento de culpa que pesa en su interior.

Así, el anhelo de libertad, de ser perdonado, de tener paz en el corazón, una y otra vez aflora en nuestra conciencia. En vano se le echa tierra a la conciencia, atribuyendo su culpa a un error, a una equivocación o a una enfermedad; en vano todo se relativiza y se trata de justificar lo injustificable. Difícilmente se podrá acallar por completo esa voz interior. Nos engañamos a nosotros mismos y, como consecuencia, nos enfermamos física y psicológicamente, nos destruimos, nos encerramos en nuestra propia cárcel.

Sin embargo, Dios sale de muchas formas a nuestro encuentro para liberarnos y darnos la paz que anhelamos. Nos tiende la mano, nos regala su Palabra liberadora, nos revela al Padre como Dios de misericordia, nos ofrece, en definitiva, su vida en la cruz para liberarnos del pecado. Y, desde lo alto de esa cruz de redención, nos regala a su propia Madre, como Madre y Reina de Misericordia, como Refugio de los pecadores y Consuelo de los afligidos.

Así la percibe instintivamente el pueblo cristiano y recurre a ella. La Virgen María, dice el Documento de Puebla, es el “sacramento del amor misericordioso” de Cristo Redentor y del Padre de misericordia. Quienes sienten la necesidad de ayuda y perdón, se sienten movidos a encontrarla, y por eso se refugian y encuentran la paz verdadera en ella. Esa paz que Cristo quiere regalar tan abundantemente a través de su mediación.

El educador muestra a María también en esta perspectiva. De ahí el poder liberador de su pedagogía; por eso le es fácil conducir a los suyos hacia su corazón lleno de misericordia.

4.5. Otras predisposiciones instintivas respecto a María

Podría agregarse, en este contexto, otros impulsos y tendencias instintivas que palpitan en el corazón humano y que lo hacen especialmente receptivo ante María. Su persona responde igualmente a otros anhelos que laten en el alma del hombre y la mujer y, especialmente a los anhelos y sensibilidad propia de nuestros pueblos latinoamericanos.

La mujer, por ejemplo, posee un especial sentido para acercarse a María, porque se siente dignificada en ella, como madre, virgen y esposa. En ella

descubre que la mujer es enaltecida en forma única, por encima de todas las criaturas. La dignidad de la mujer encuentra en la bendita entre todas las mujeres su máxima expresión.

El varón, que naturalmente experimenta la atracción y la necesidad del complemento espiritual femenino, encuentra en la Virgen la plenitud de aquellas actitudes que le permiten “redondear” o complementar su virilidad, abriéndolo a la entrega filial y personal, al servicio a la vida y la capacidad de entrega personal. Su paternidad necesita asumir “el eterno femenino” que encarna ejemplarmente la Virgen María.

También la juventud, en su afán de entrega heroica, de idealismo y voluntad de hacer historia, se siente atraída por aquella que intervino creadoramente en la historia del mundo.

Por otra parte se podría decir que al pueblo latino la Virgen María le es “connatural”. El hombre latino lleva en su subconsciente religioso la imagen de María como una preciosa herencia ibérica; la tiene, además, profundamente unida a su historia, a la conciencia nacional. Esto no es sólo un hecho histórico. Por sus mismas características psicológicas, está predispuesto a acoger a María. Si consideramos, por ejemplo, algunos de sus rasgos más típicos, esto se confirma: su afectividad, su necesidad de apoyo, su gran anhelo de comunidad y de familia, importancia que le da al establecer vínculos personales; su receptividad por lo sensible y lo vital, lo palpable, su apego y arraigo al terruño... todo ello lo acerca a la Virgen María.

No podemos extendernos mayormente en estas reflexiones, porque desbordan los márgenes de este texto. Pero al menos hemos querido mostrar un horizonte que ciertamente reviste gran importancia para el educador.

5. María responde a la perspectiva de intereses racional del hombre contemporáneo

El educador mariano, más allá de captar la perspectiva de intereses instintiva, mostrando la persona de María en relación a esos anhelos que laten en la afectividad profunda de la persona y la comunidad, también debe poseer la capacidad de captar los signos del tiempo, los valores y antivalores que dominan en nuestra cultura y que marcan las aspiraciones que motivan al hombre contemporáneo. No muestra a la Virgen como alguien “de otro mundo”, sin conexión con la realidad o distante de lo que sucede en el momento histórico que se vive, sino al contrario, la muestra como alguien cercano que tiene mucho que decir al hombre contemporáneo.

Para ello, el educador debe estar en contacto con la realidad y las corrientes culturales de la época, y tomar también en cuenta, por lo tanto, que las personas y las comunidades a su cuidado pastoral tienen una mentalidad determinada, intereses y aspiraciones que se expresan, una y otra vez, en su modo de ver y juzgar la realidad, en sus “sueños” y en los desafíos que enfrentan. Es decir, comprende y asume en su actuar pastoral que sus fieles se encuentran determinados culturalmente.

5.1. La enseñanza clarificadora de Pablo VI

Se plantea que María pertenece a otra época histórica; que la situación sociopolítica actual es muy distinta a la que ella experimentó; en fin, que no resulta convincente ni posible presentarla hoy como un ideal para el cristiano y especialmente para la mujer actual. Hacerlo equivaldría a un fracaso anunciado: más que atraer a las personas, especialmente a los jóvenes, los estaríamos alejando de la Iglesia.

En su Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, el Papa Pablo VI aborda derechamente esta problemática. Lo que planteó el P. Kentenich, ya en los años 30, en un curso sobre educación mariana, se ve corroborado ampliamente por lo que expone el Santo Padre. Nos permitimos citar un extenso párrafo, especialmente esclarecedor, de su Exhortación Apostólica:

En el culto a la Virgen merecen también atenta consideración las adquisiciones seguras y comprobadas de las ciencias humanas; esto ayudará efectivamente a eliminar una de las causas de la inquietud que se advierte en el campo del culto a la Madre del Señor: es decir, la diversidad entre algunas cosas de su contenido y las actuales concepciones antropológicas y la realidad psicosociológica, profundamente cambiada, en que viven y actúan los hombres de nuestro tiempo. Se observa, en efecto, que es difícil encuadrar la imagen de la Virgen, tal como es presentada por cierta literatura devocional, en las condiciones de vida de la sociedad contemporánea y en particular de las condiciones de la mujer, bien sea en el ambiente doméstico, donde las leyes y la evolución de las costumbres tienden justamente a reconocerle la igualdad y la corresponsabilidad con el hombre en la dirección de la vida familiar; bien sea en el campo político, donde ella ha conquistado en muchos países un poder de intervención en la sociedad igual al hombre; bien sea en el campo social, donde desarrolla su actividad en los más distintos sectores operativos, dejando cada día más el estrecho ambiente del hogar; lo mismo que en el campo cultural, donde se le

ofrecen nuevas posibilidades de investigación científica y de éxito intelectual.(MC 34)

Pablo VI alude a la fuerte crisis postconciliar que se habría suscitado a propósito de la piedad mariana. Dice:

Deriva de ahí para algunos una cierta falta de afecto hacia el culto a la Virgen y una cierta dificultad en tomar a María como modelo, porque los horizontes de su vida, se dice, resultan estrechos en comparación con las amplias zonas de actividad en que el hombre contemporáneo está llamado a actuar. En este sentido, mientras exhortamos a los teólogos, a los responsables de las comunidades cristianas y a los mismos fieles a dedicar la debida atención a tales problemas, nos parece útil ofrecer Nos mismos una contribución a su solución, haciendo algunas observaciones. (MC 34)

El Santo Padre afirma que a María no se le rinde culto por el tipo de vida que ella llevó:

Ante todo, la Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles no precisamente por el tipo de vida que ella llevó y, tanto menos, por el ambiente socio-cultural en que se desarrolló, hoy día superado casi en todas partes, sino porque en sus condiciones concretas de vida ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios (cf. Lc 1, 38); porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio: porque, es decir, fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene valor universal y permanente. (MC 35)

Toca, además, el hecho de las deformaciones de la imagen de María presentes en la vida de la Iglesia. Ella resume en sí misma el ideal de la mujer, es su "modelo eximio":

En segundo lugar, quisiéramos notar que las dificultades a que hemos aludido están en estrecha conexión con algunas connotaciones de la imagen popular y literaria de María, no con su imagen evangélica ni con los datos doctrinales determinados en el lento y serio trabajo de hacer explícita la palabra revelada; al contrario, se debe considerar normal que las generaciones cristianas que se han ido sucediendo en marcos socio-culturales diversos, al contemplar la figura y la misión de María, como Mujer nueva y perfecta cristiana que resume en sí misma las situaciones más características de la vida femenina porque es Virgen, Esposa, Madre, hayan considerado a la Madre de Jesús como "modelo eximio" de la condición femenina y ejemplar "limpidísimo" de vida

evangélica, y hayan plasmado estos sentimientos según las categorías y los modos expresivos propios de la época. (MC 36)

Introduce el Santo Padre la idea de la necesaria renovación del culto a María:

La Iglesia, cuando considera la larga historia de la piedad mariana, se alegra comprobando la continuidad del hecho cultural, pero no se vincula a los esquemas representativos de las varias épocas culturales ni a las particulares concepciones antropológicas subyacentes, y comprende cómo algunas expresiones de culto, perfectamente válidas en sí mismas, son menos aptas para los hombres pertenecientes a épocas y civilizaciones distintas (MC 36).

Por último, el Santo Padre muestra una imagen actual, para nuestro tiempo, de María:

Deseamos en fin, subrayar que nuestra época, como las precedentes, está llamada a verificar su propio conocimiento de la realidad con la palabra de Dios y, para limitarnos al caso que nos ocupa, a confrontar sus concepciones antropológicas y los problemas que derivan de ellas con la figura de la Virgen tal cual nos es presentada por el Evangelio. La lectura de las Sagradas Escrituras, hecha bajo el influjo del Espíritu Santo y teniendo presentes las adquisiciones de las ciencias humanas y las variadas situaciones del mundo contemporáneo, llevará a descubrir cómo María puede ser tomada como espejo de las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo.

De este modo, por poner algún ejemplo, la mujer contemporánea, deseosa de participar con poder de decisión en las elecciones de la comunidad, contemplará con íntima alegría a María que, puesta a diálogo con Dios, da su consentimiento activo y responsable no a la solución de un problema contingente sino a la "obra de los siglos" como se ha llamado justamente a la Encarnación del Verbo; se dará cuenta de que la opción del estado virginal por parte de María, que en el designio de Dios la disponía al misterio de la Encarnación, no fue un acto de cerrarse a algunos de los valores del estado matrimonial, sino que constituyó una opción valiente, llevada a cabo para consagrarse totalmente al amor de Dios; comprobará con gozosa sorpresa que María de Nazaret, aún habiéndose abandonado a la voluntad del Señor, *fue algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante*, antes bien fue mujer que no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba sus tronos a los poderosos del mundo (cf. Lc 1, 51-53); reconocerá en María, que "sobresale

entre los humildes y los pobres del Señor”, *una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio (cf. Mt 2, 13-23): situaciones todas estas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad;* y no se le presentará María como una madre celosamente replegada sobre su propio Hijo divino, sino como mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo (cf. Jn 2, 1-12) y cuya función maternal se dilató, asumiendo sobre el calvario dimensiones universales. (MC 37).

Son ejemplos. Sin embargo, aparece claro en ellos que:

... la figura de la Virgen no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones. (MC 37)

La enseñanza de Pablo VI, quien fue el primer Papa que se refirió a la “dimensión antropológica” de la piedad mariana, es especialmente lúcida y guarda toda su validez para el momento actual. Como señalamos anteriormente, existe en sus palabras una gran coincidencia con el planteamiento del P. Kentenich, quien muestra a María desde la problemática y los valores que persigue el hombre actual.

En este contexto, podría citarse también el aporte a una antropología mariana que hace Juan Pablo II en sus encíclicas *Redemptoris Mater* (1987) y *Mulieris Dignitatem* (1988).

El educador de la fe tiene muy en cuenta la visión renovada de María, y trata de mostrarla desde esa perspectiva a fin de captar la mente y el corazón del hombre y la mujer actuales. María es señal de luz y esperanza, tanto para la cultura y sociedad contemporáneas como para la necesaria renovación de la Iglesia.

El hombre contemporáneo, especialmente el latinoamericano, está dominado por un fuerte impulso de renovación, tanto en el plano temporal como respecto a la Iglesia. Sus ideales giran en torno a la lucha por una nueva sociedad y por una Iglesia renovada. Si mira a María no será defraudado.

En el punto siguiente tocaremos algunos de los aspectos más relevantes en esta perspectiva social y eclesial actual.

5.2. María y los ideales que persigue el hombre actual en el plano social⁸

5.2.1. *María responde al anhelo de justicia social*

El hombre y la Iglesia latinoamericana persiguen hoy la liberación social y humana urgida por los signos del tiempo, por la grave situación de injusticia y denigración del hombre y del trabajo. Afirma el Documento de Medellín:

Estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente, llena de anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva... No podemos dejar de interpretar este gigantesco esfuerzo por una rápida transformación y desarrollo como un evidente signo del Espíritu que conduce la historia de los hombres y de los pueblos hacia su vocación. No podemos dejar de descubrir en esta voluntad cada día más tenaz y apresurada de transformación, las huellas de la imagen de Dios en el hombre, como un potente dinamismo. Progresivamente ese dinamismo lo lleva hacia el dominio cada vez mayor de la naturaleza, hacia una más profunda personalización y cohesión fraternal y también hacia un encuentro con Aquel que ratifica, purifica y ahonda los valores logrados por el esfuerzo humano. (Medellín, Introducción, 4)

¿Tiene algo que decirnos María ante esta inmensa tarea? A muchos podría parecerles que ella nada tiene que ver con la lucha por la justicia y superación de las desigualdades sociales. Sin embargo, al mirarla nuevamente nos encontramos con una señal de luz y de esperanza. Y de esto debe tener clara conciencia el educador de la fe, si es que quiere de verdad captar el interés por María de quienes le son confiados. Las palabras arriba citadas de la Exhortación Apostólica de Pablo VI, *Marialis Cultus*, aludían claramente a esta realidad. Por lo tanto no abundaremos aquí sobre el tema.

5.2.2. *María encarna y simboliza al hombre plenamente liberado y personalizado.*

Ante el hombre deshumanizado, que ha perdido el núcleo de su personalidad, títere de la propaganda y de los juegos políticos, ante ese hombre manipulado, María proclama con su ser la verdadera libertad y *dignidad humana*, mostrándose a la vez como señal de protesta frente al sentido proletario de vida, y ante todo complejo de inferioridad.

⁸ Sobre este tema, se puede encontrar una explicación más detallada en el libro *Hacia una nueva Cultura Mariana*, publicado en Editorial Nueva Patris.

Ella, además, nos impulsa a luchar a fin de que todos los hombres alcancen la liberación integral y la dignificación personal a la cual están llamados.

5.2.3. María proclama la exaltación de los humildes y encarna una auténtica actitud social.

Sus palabras en el Magnificat señalan un plan de Dios, una historia y una tarea: "Exaltó a los humildes", adelantando las palabras del Señor: "Bienaventurados los pobres porque de ellos es el Reino de los cielos". En su canto del Magnificat, María pensaba en la pobreza que es docilidad y apertura al Señor, pero sin duda también pensaba en la redención social por la cual clamaba el pueblo de Israel a través de sus profetas, liberación que Dios había prometido. Cristo habría de ser señal de liberación y de justicia en todo el sentido de la palabra, de redención de todo el hombre y de todos los hombres. Por eso, ella es señal de esperanza para los humildes, para los que nada tienen.

María no sólo proclama un ideal y una ley constante en el plan de salvación. Ella misma es el ejemplo preclaro de la exaltación de los humildes en el sentido más profundo de la palabra: "¡El Señor fijó sus ojos en la humillación de su Sierva e hizo en ella grandes cosas!"

Por otra parte, María es modelo de actitud social, de servicio y preocupación activa por los demás. Ella sirve. Ella se da. No se queda centrada en sí misma. Parte presurosa, a través de la montaña, para ayudar, para ser solidaria con la situación de su pariente Isabel. Sirve al Señor, sirve en Caná, sirve a la Iglesia incansablemente; ella es la "*ancilla Domini*", la sierva del Señor y sierva de los hombres.

Si estamos llamados a buscar un orden social más justo y queremos edificar sólidamente una sociedad que lleve impreso el sello de Cristo, no podemos dejar de lado el ejemplo de María.

De nada servirían nuevas estructuras si no se gesta una nueva mentalidad y una nueva actitud social. A veces, los que más protestan contra los imperialismos son los propios explotadores que abusan de los demás en su pequeño o gran imperio, en la fábrica, en el mall, en el sindicato, en el partido o en el gobierno. Se aferran al poder y acumulan riquezas. De allí que haya que calar más profundo para que se pueda avanzar realmente hacia una verdadera fraternidad. Necesitamos la actitud de María de auténtico servicio, de un servicio que brota de Cristo y es capaz de generar una verdadera justicia y paz social.

María es, en este mismo sentido, una protesta viviente contra una sociedad masculinizada, donde sólo cuentan los valores de la eficacia, la organización, del lucro y la manipulación del hombre por el hombre. Por lo

tanto, es posible para el educador de los discípulos del Señor presentar encarnados en María los valores por los cuales quiere luchar. Por cierto, esto requiere mostrar una renovada imagen de la Virgen, fiel a la Palabra bíblica y al dogma. En ella resplandecen los valores del ideal del hombre libre, del hombre digno y socialmente sensibilizado, al cual aspiramos.

5.2.4. *María es prototipo de la persona históricamente comprometida*

Esa mujer simple de Nazaret, siendo casi una niña, es quien, con una palabra suya, con su "sí" al Señor, divide la historia de la humanidad. La pequeña sierva del Señor escucha el anuncio más extraordinario, las mismas palabras que habían sido dichas a Israel por boca de los profetas: Alégrate hija de Sion, alégrate porque tú eres objeto del favor divino; serás morada del Altísimo y de ti nacerá el Mesías.

En esa frágil niña es toda la humanidad la que se enfrenta con Dios. Ella asume en sus débiles hombros la responsabilidad histórica más grandiosa que es dado pensar. Y con plena entereza y lucidez, una vez que ha comprendido el anuncio dice: "Que se haga en mí según tu palabra": Yo acepto, quiero ser Madre del Mesías y me comprometo para siempre. Esa misma mujer dirá más tarde: "Bienaventurada me llamarán *todas las generaciones*".

Ella abrió una nueva era de la humanidad. ¿Puede darse un *compromiso histórico* más grande y una *conciencia histórica* mayor en un simple ser humano como nosotros?

No sólo se comprometió, sino que *fue fiel* a su compromiso. Ella tuvo que luchar y sintió la soledad de los que están en la brecha; no siempre vio con claridad y tuvo que estar de pie junto a la cruz. Sin embargo, mantuvo su palabra y el sí al Señor: no titubeó.

Experimentamos en la actualidad una reacción sana frente a un formalismo religioso estéril y un cristianismo aburguesado, y nos damos cuenta de cuán poco vale ser cristianos "de opinión", pero mimetizados con el actual estilo de vida materialista. Hoy se necesitan cristianos "de convicción", con otra mentalidad y otra actitud. Pero no es fácil ser un cristiano capaz de sustentar una manera de vivir consecuente con los valores del Evangelio en medio de un mundo contrario a las convicciones y actitudes que se desprenden del Evangelio y de la ley natural.

María es de verdad la gran señal de luz, especialmente para la juventud. Muchos se juegan por ideales materialistas y egoístas, otros por ideales de libertad y solidaridad, pero en muchos casos esto se hace dejando a Dios de lado. La Iglesia no se cansa de proclamar la necesidad de emprender una nueva evangelización que sea fermento de una nueva sociedad, basada en el espíritu del Evangelio. ¿Basta con publicar textos sobre la

doctrina social de la Iglesia? Por cierto que es necesario. Pero no es suficiente. ¿No son claras las encíclicas que han publicado los Sumos Pontífices, especialmente a partir de León XIII?

El problema reside básicamente en la educación de una nueva mentalidad y modo de actuar. El gran desafío es, como hemos afirmado, de orden pedagógico. Y es en este orden donde la pedagogía mariana adquiere importancia, particularmente en la perspectiva de la gestación de un nuevo orden cristiano de sociedad.

Al elegir la vida virginal, María rompió con el esquema de todas las mujeres de su tiempo en Israel. Tuvo la valentía de abrir un nuevo camino y de decidir algo que ciertamente no podía ser comprendido en su medio ambiente. Una doncella joven que se atrevió a asumir responsabilidades que la superaban ampliamente, al ser elegida para dar a luz al Mesías esperado por Israel. Una niña que presurosa parte por un camino montañoso, sola, a servir, a hacerse cargo de una situación especial, el embarazo de su prima ya mayor, pudiendo haberse quedado tranquila en su hogar.

Ella no sólo miraba su pobreza e impotencia. Ella sabía que contaba con el poder del Señor, que el Poderoso había hecho y haría grandes cosas en ella y a través de ella, porque para Dios nada es imposible.

Así tendríamos que ir recorriendo el camino de María. ¿No es acaso éste un ideal atractivo para una juventud y para cristianos “contra-corriente”, que se sienten llamados a ser artífices de una nueva sociedad? A aquellos que miran pasivamente a la vera del camino, el educador y evangelizador marianos deben “despertarlos”, mostrándoles a la Cooperadora y Compañera del Señor, a fin de que se conviertan en actores y cooperadores activos en la viña del Señor.

5.2.5. María personifica un estilo de vida auténtico y sencillo.

Una época y una juventud, que buscan lo auténtico y genuino, deberían tener una simpatía natural por María. En ella no encontramos nada formal o sofisticado; su santidad es simple, sideralmente lejana a toda pomposidad. Porque es la más divinizada de las criaturas, es la más humana y asequible. Todo en ella es vida, vida impregnada de Dios, pero vida plenamente humana y auténtica. Su santidad es de aquí, de la vida cotidiana, del pueblo, de los quehaceres diarios, de la buena vecindad, de la familia, del trabajo. No estaba rodeada de ángeles que la servían, no ocupaba su tiempo en ensueños. Estaba allí, con Jesús, con José, con la gente de su pueblo. Era la más piadosa de todos y la más “aterrizada” de todos.

No conoció el doblez, la separación entre el sentir, el pensar y el amar,

propios del hombre masificado. Todo en ella era lozanía y autenticidad. Poseía esa integridad y esa riqueza interior que caracterizan al tipo de cristiano y de hombre que hoy anhelamos educar y que la Iglesia tanto necesita.

6. María capta la perspectiva de intereses sobrenatural

6.1. En general:

El ideal mariano capta también la perspectiva de intereses sobrenatural de las personas y de las comunidades que ya se han introducido en el mundo de la fe y que se guían por los valores evangélicos, que quieren profundizar su fe y ser actores en la renovación de la vida de la Iglesia.

Por el bautismo llevamos inscrito el nombre de María en nuestro corazón, pues ser de Cristo significa, al mismo tiempo, ser de María. El Señor nos dejó a María en testamento al morir en la cruz: "Ahí tienes a tu Madre". Por eso, quien tiene fe y ama al Señor, quien está dispuesto a acatar los designios divinos y a aceptar la revelación, sin querer forjarse una religión a su gusto sino según Dios, ése está preparado y predispuesto a amar a María. ¡Qué otra cosa podría desear el Señor sino que nosotros participemos en el amor que él tiene por su propia Madre y que lleguemos a él por el mismo camino por el cual él descendió hasta nosotros!

Por lo tanto, quien está orientado según la fe y el querer divinos, quien se deja guiar por el orden objetivo de la Redención, tendrá naturalmente una predisposición favorable y una inclinación hacia la Santísima Virgen. Con esto debe contar el pedagogo mariano. Él puede abordar más directamente esta perspectiva para explicitar la riqueza de María y entregarla a los suyos. No lo hace apelando en primer lugar a sus anhelos instintivos o a los valores que lo mueven a partir de lo que está vivo en la cultura y la realidad actuales. Apela a la fe que poseen los suyos, conduciéndolos y fomentando en ellos el amor y seguimiento a María.

El educador de la fe, por lo tanto, tiene amplia posibilidad de mostrar a los suyos el misterio de María, pues cuenta con que todo creyente y verdadero seguidor de Cristo tendrá su corazón abierto para recibir a María, tal como lo hicieron san José, el esposo de María y san Juan, el discípulo predilecto del Señor.

Asimismo, podrá entregar una imagen renovada de María, mostrándola como prototipo de la Iglesia y del verdadero discípulo misionero del Señor. Tendrá sobre todo, la posibilidad de encender y avivar la llama del amor filial y de la entrega total a la Sierva del Señor, viviendo y gozando en plenitud el don que Cristo nos hace en ella.

6.2. En particular:

6.2.1. *María encarna el ideal de una Iglesia renovada*

El educador mariano tiene como preocupación central formar miembros del Cuerpo de Cristo, auténticos hijos de la Iglesia y apóstoles comprometidos con su misión. Tarea esencial del educador de la fe es construir Iglesia, congregar en la fe, amar y servir a la Iglesia para que ésta pueda cumplir la tarea de ser luz de las naciones y alma del mundo.

También en este sentido aparece la Virgen María como alguien clave, como el prototipo ideal que puede mostrar el educador de la fe que anhela formar una Iglesia fuerte y vital. En ella puede ilustrar el ideal encarnado del discípulo misionero del Señor, pero, sobre todo, puede poner a los suyos en contacto con Aquella que es capaz, por la fuerza de su amor, de transformarlos para que de verdad lleguen a serlo.

Desde muy temprano, el P. Kentenich mostró a María en esta perspectiva y que, decenios más tarde, fue proclamada por el concilio Vaticano II:

La Madre de Dios es modelo de la Iglesia. Ella es el ejemplo más acabado. Así como ella, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al pueblo de Dios en su peregrinar, como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor. (LG, 8, 63-68)

6.2.2. *María encarna una Iglesia vital*

Esa Iglesia que anhelamos es la Iglesia poseída por Cristo, por la fuerza del Espíritu Santo. Su poder no proviene de este mundo. Es una Iglesia que, por estar llena de Cristo, posee una fuerza y vitalidad que nadie le puede quitar. Su vida es Cristo. Y por eso es signo de redención salvadora y sacramento de la unión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí.

La vitalidad de la Iglesia no viene de su organización, de la genialidad humana o del poder temporal. No viene ni se sustenta en ello. La Iglesia vive del encuentro con el Señor en el Espíritu Santo, que cubrió a María con su sombra y la llenó de gracia.

María es el prototipo acabado de la Iglesia; lo es porque ella abrió enteramente su ser para contener en su seno al Verbo de Dios hecho Hombre. Vivió íntegramente en él y para él.

Ella está situada en el epicentro del *acontecimiento salvífico*. Ella fue la Iglesia antes de las catedrales o de su organización universal, de los códigos y de las normas jurídicas. Cuando nada existía aún de lo que hoy es la Iglesia, ella era ya la plenitud de la Iglesia. Estaba sumergida y

poseída de lo esencial, de lo único verdaderamente necesario: vivir en Cristo y para Cristo.

Por eso entrar en contacto con la Virgen María nos pone en contacto directo con el núcleo del acontecimiento salvífico: con el Cristo que se encarnó, que vivió, murió y resucitó. Es el misterio pascual vivido. Ella no es otra cosa que "relación personal a Cristo". Personifica así a la Iglesia pobre, a la Iglesia esposa del Señor, a la Iglesia orientada escatológicamente hacia la venida del Señor.⁹

María encarna las bienaventuranzas fundamentales que aseguran la vitalidad de la Iglesia.

a. María es la Virgen pobre

Ella no tenía dónde dar a luz a su Hijo; sólo pudo dar dos palomas en el templo; tuvo que andar fugitiva y sin hogar; vivió y compartió la suerte de los humildes en Nazaret. Pero, sobre todo, vivió la pobreza de espíritu. Ella es la sierva del Señor, su riqueza era su pobreza. Eso fue lo que atrajo al Dios todopoderoso, en lo cual él se fijó: "porque miró la pobreza de su esclava". Por esa pobreza fue capaz de recibir a Cristo; porque fue humilde y dócil a la voluntad del Señor, porque su alma era como la de los niños, por eso poseyó en plenitud el Reino de los cielos.

A los pequeños es a quienes el Padre revela sus secretos. La pobreza mariana nos hace capaces de la vivencia de Cristo y por eso de encarnar una Iglesia vital.

b. María es la Virgen, Esposa del Señor

Afirma el concilio Vaticano II: "La Madre de Dios es prototipo de la Iglesia" (LG 8,63) en cuanto es Madre y Virgen. Ella es la "Virgen Prudente" toda volcada al Señor. La "Virgen Pura" que vivió plenamente la bienaventuranza: "Bienaventurados *los puros de corazón*, porque ellos verán a Dios".

Si se quiere renovar la Iglesia, y esto es de gran importancia para el educador de la fe, es preciso ir a la raíz de su vitalidad. Y esa vitalidad proviene de su unión personal con Cristo, unión que es análoga a la unión de una esposa con su esposo en el orden natural.

La teología nos dice que la Iglesia, en lo más profundo, es la Esposa de Cristo Esposo. Él dio su vida para que su Esposa, la Iglesia, fuera bella e inmaculada (cf. Ef c. 5). El misterio de la Iglesia es su carácter sponsal. Si queremos renovar la Iglesia no podemos eludir, por lo tanto, lo que es esencial: ser esposa del Señor. De otro modo siempre nos moveremos pedagógicamente en torno a lo que es secundario.

⁹ Al respecto puede consultarse los libros "María hoy" y "María ¿quién eres?" de Editorial Nueva Patris.

Este misterio de la Iglesia es lo que salva y pone en primer plano la persona de María, la nueva Eva junto al nuevo Adán.

Nos detendremos brevemente en este punto, porque para algunos podría resultar nuevo hablar de María en esta perspectiva.

Normalmente no se presenta a María como Esposa de Cristo. Tradicionalmente se habla de ella como la *“Esposa del Espíritu Santo”*. Cuando el gran teólogo alemán, Scheeben, describe “el carácter personal” de María, lo que ella es en el plan de Dios, afirma que no basta con decir que es la Madre del Señor, porque es más que eso: es, dice, la *“madre sponsal de Cristo”*. Esto es lo que el P. Kentenich recoge al definir a María como *la Compañera y Colaboradora* de Cristo. Ser compañera y colaboradora expresa lo más profundo de una relación sponsal: la bi-unidad que ambos conforman.

La Iglesia es heredera del carácter sponsal del Pueblo de Dios - es la virgen de Israel - respecto a Yahvé, tal como lo relata y documenta el Antiguo Testamento. Este carácter sponsal alcanza en la Nueva Alianza su máxima expresión.

María, la *Hija de Sión*, como prototipo y encarnación ejemplar de la Iglesia representa como ningún miembro de esta su carácter sponsal. Por eso, más que cualquier alma en gracia, merece ser llamada Esposa de Cristo.

Cristo, el Mesías, quiso ser aceptado libremente por María; ella dio su sí a la encarnación del Mesías que venía a redimir a la humanidad. Da su “Sí” no solo para ser madre de un niño, sino, expresamente del Mesías.

Le daba un sí a su persona. Dios la pensó, dicen los teólogos, como la Nueva Eva junto al Nuevo Adán. Ella revierte la desobediencia de la primera Eva y pasa a ser la Compañera y Colaboradora del Señor en toda la obra redentora: al inicio, en Nazaret, en su cumbre, en el Gólgota, y en su aplicación, como madre y Medianera.

Cristo, el Nuevo Adán, quiso hacerla partícipe de su ser y de su misión, como la Nueva Eva, estableciendo con ella una estrecha comunidad de vida, tarea y destino. Esta relación posee un carácter sponsal único: la analogía se da aquí con una densidad y significado irrepetible.

El Documento de Puebla explica con acierto esta realidad:

En María “todo está referido a Cristo y todo depende de él” (MC 25). Su existencia entera es una plena comunión con su Hijo. Ella dio su sí a ese designio de amor. Librementemente lo aceptó en la anunciación y fue fiel a su palabra hasta el martirio del Gólgota. *Fue la fiel acompañante del Señor en todos sus caminos*. La maternidad divina la llevó a una entrega total. Fue un don generoso, lúcido y

permanente. *Anudó una historia de amor a Cristo íntima y santa, única, que culmina en la gloria.*

María, llevada a la máxima participación con Cristo, es *la colaboradora estrecha en su obra*. Ella fue “algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante” (MC 37). No es sólo el fruto admirable de la redención; *es también la cooperadora activa.*

En María se manifiesta preclaramente que Cristo no anula la creatividad de quienes le siguen. Ella, *asociada a Cristo*, desarrolla todas sus capacidades y responsabilidades humanas, *hasta llegar a ser la nueva Eva* junto al nuevo Adán. María, *por su cooperación libre en la Nueva Alianza de Cristo, es junto a él, protagonista de la historia*. Por esta *comunión y participación*, la Virgen Inmaculada vive ahora inmersa en el misterio de la Trinidad, alabando la gloria de Dios e intercediendo por los hombres. (DP 292–293)

Es ésa la Iglesia-Esposa que personifica María, la Nueva Eva junto al Nuevo Adán.

Si la Iglesia quiere descubrir su identidad profunda y beber de las raíces de su vitalidad, debe mirar a María. Y si el educador de la fe o agente pastoral quiere conducir a los suyos a lo que constituye el núcleo del misterio de la Iglesia, entonces no posee mejor camino pedagógico que mostrar a María y en ella lo que es la Iglesia.

El educador tiene en su mano la clave para adentrar a los suyos en ese misterio de contención y de entrega a Cristo, de apertura y disponibilidad para dedicarse por entero a su obra. Los conduce al corazón de María para experimentar en ella, vitalmente, el encuentro con el Señor.

El misterio de la Iglesia es el misterio de la Virgen María. De allí que cuando la Iglesia tiende a convertirse en una simple organización, en meros equipos que elaboran y llevan a cabo programas de acción pastoral, en grupos de reflexión o en un código de normas morales, pierde su esencia más íntima, pues deja de ser como María. La riqueza y la raíz de su fecundidad radican en esa total pertenencia y apertura personal a Cristo, en su total disposición a colaborar con él, sirviendo, sufriendo, dándose a él sin descanso, como María.

La historia de amor, íntima y santa, que anudó a María con Cristo, esa unión con él, es el paradigma de la unión de todo cristiano y de toda la Iglesia con el Señor.

La presencia de María en medio de la Iglesia constituye así la garantía de su identidad más profunda y, de modo semejante, su presencia en nuestra

alma es lo que garantiza nuestra apertura personal y nuestra disponibilidad ante el Señor, fundamento de nuestra actividad pastoral.

El educador de la fe tiene ante sí como tarea contribuir a la renovación profunda de la Iglesia, y lo hace en la medida en que ayuda a que surjan imágenes vivas de María. Todo otro tipo de renovación debe sustentarse sobre esta base: la Iglesia renovada es una Iglesia mariana, y si no lo es, no es la Iglesia de Cristo.

c. María es la Virgen vigilante

La Virgen María personifica a la Iglesia orientada escatológicamente hacia el Señor, al Pueblo de Dios que peregrina en la esperanza hacia el Padre.

El anhelo por la venida del Mesías prometido por los profetas fue lo que atrajo al Verbo de Dios a poner su tienda aquí en la tierra. María fue la Virgen prudente que esperó vigilante la venida del Señor y que después de su muerte y resurrección, transida del anhelo de estar con él eternamente, fue asunta en su gloria.

María nunca desfalleció. Siempre estuvo en vigilia. Siempre creyó aunque humanamente pareciera que todo había fracasado. Dio a luz en la total pobreza, después que se le había anunciado que sería madre del Rey y Señor, Hijo del Altísimo.

Siguió creyendo y esperando que Jesús se manifestara, aunque, humanamente, veía pasar años y años, treinta años, antes de que Jesús se manifestara como el Mesías prometido. Sufre la pérdida del Niño en el templo, buscándolo con la angustia de no encontrarlo. No lograba comprender; sin embargo, siguió creyendo y esperando. Como ninguna creatura gustó la amargura de la Cruz cuando una espada traspasó su corazón, y como ninguna gozó la alegría de la resurrección.

Se comprende, entonces, que el agente pastoral que quiera renovar la vida de la Iglesia, haga de su pedagogía una pedagogía mariana: no se verá defraudado en su intento.

6.2.2. María encarna una Iglesia comunitaria

La Iglesia renovada es la Iglesia “Pueblo de Dios”, “Familia de Dios”. María es Madre de la Unidad. Ella ilustra la auténtica actitud comunitaria que no es teórica sino tremendamente cotidiana. Atiende como ama de casa y partera a su prima Isabel. Está preocupada de que en la fiesta de bodas en Caná no falte nada. Está en medio de los apóstoles, temerosos y desvalidos, confortándolos, sirviéndolos y orando con ellos. Ella, como lo haría la mejor de las madres, no se cansa de servir y así crea unión y comunión.

Así como en la familia natural la madre es normalmente quien conduce al hijo hacia el padre, así también María tiene la misión no sólo de conducirnos al Señor, sino también al Padre. Nos regala un profundo sentido filial, sin el cual carecería de fundamento la Iglesia, Familia de Dios Padre, en Cristo.

Ella posee el "carisma" de la unidad; es el espacio vital donde los hijos reconocen su origen común, donde despiertan al amor mutuo y reconocen al Padre.

Unidos a ella, los evangelizadores y educadores de la fe aprenden y pueden enseñar a los suyos el auténtico espíritu comunitario de servicio alegre, respetuoso y diligente.

6.2.3. *María encarna una Iglesia alma del mundo*

La Iglesia ha descubierto nuevamente y en mayor profundidad el valor de lo humano y aspira a una armonía entre la naturaleza y la gracia. Las nuevas comunidades que han surgido en la vida de la Iglesia están ciertamente marcadas por ese espíritu: una santidad en medio del mundo.

María es ejemplo de la perfecta armonía entre naturaleza y gracia. Encarna la auténtica santidad de la vida cotidiana. No estuvo recluida en un convento ni se hizo notar por hechos extraordinarios. Más allá de la anunciación, nada se nos relata de milagros o hechos que hubiesen despertado el asombro de sus familiares y vecinos.

María no practicó una espiritualidad de la "huida del mundo", sino que se santificó en medio del mundo. Ella siempre estuvo centrada en el Dios de la vida, a quien escuchaba con simplicidad y vigilancia y a quien seguía en el claroscuro de la fe. Experimentó la irrupción de Dios en la historia, creyó en la Providencia del Padre contra toda esperanza humana, en todas las circunstancias, en Belén, en el exilio, en Nazaret, en el Gólgota, en el Cenáculo.

Ella no recibió el sacerdocio ministerial, no fue Pedro. Y, sin embargo, fue más digna, más enaltecida que todos los apóstoles, sacerdotes, obispos y Sumos Pontífices. María vivió y actuó en medio del mundo; su santidad, su unión personal a Cristo, su seguimiento y cumplimiento filial de la voluntad de Dios Padre, su entrega servicial a los hombres, todo ello lo realizó en el marco de las ocupaciones "profanas", de sus deberes de madre, esposa, dueña de casa y buena vecina.

El laico ha descubierto hoy la necesidad de santificar la vida diaria y su quehacer cotidiano, y que no es necesario recluirse en la soledad de los monasterios para encontrarse con Dios. Pero, al mismo tiempo, experimenta lo difícil que es este tipo de santidad laical y, desgraciadamente, muchas veces es arrastrado por el secularismo y

paganismo que reina en el medioambiente.

Si el educador de la fe quiere ayudar a que surjan laicos comprometidos en medio del mundo, debe mirar y señalar a María. A ella no la caracterizaron los milagros ni las cosas extraordinarias visibles en su vida. En ella, lo más grande aconteció en medio de la sencillez y simplicidad de lo cotidiano.

Todo lo anterior quiere mostrar, al menos resumidamente, cómo la Virgen María es capaz de responder a los anhelos del hombre actual, captando su perspectiva de intereses. Ella responde al anhelo de una sociedad y de una Iglesia renovada. Su sensibilidad pedagógica irá indicando al educador de la fe el modo concreto de presentar a los suyos la riqueza del ideal mariano.

En verdad, el educador de la fe no puede señalar un ideal más claro y convincente a los laicos llamados a dar testimonio del Señor y a ser luz en medio del mundo, que mostrarles y enseñarles a amar a María.¹⁰

¹⁰ Sobre la temática que se ha expuesto en este capítulo se puede consultar los siguientes libros: *“Hacia una nueva cultura mariana”*, *“La imagen de María según la visión del P. Kentenich”*, *“La actualidad de María”* y *“María, ¿quién eres?”*, publicados en Editorial Nueva Patris.

VI. LA ALIANZA DE AMOR, NÚCLEO DEL PROCESO PEDAGÓGICO

1. En general:

1.1. Centralidad pedagógica del amor a María

En el capítulo anterior vimos cómo la pedagogía mariana se lleva a cabo a través de una movilización de valores, es decir, mostrando la riqueza de María de acuerdo a la triple perspectiva de intereses: instintiva, racional y sobrenatural.

Nos toca ahora abordar más de cerca lo que constituye el núcleo mismo de la pedagogía mariana: la alianza de amor con María.

A través de la movilización de valores marianos, encarnados en la persona de María, el educador busca despertar el interés por la persona misma de María. Es decir, que los educandos lleguen a “familiarizarse” con la Virgen, a saberse y sentirse amados por ella, despertando a su vez en ellos el amor y entrega filial hacia ella.

La meta de este proceso es llegar a que se establezca un vínculo de amor cálido y profundo con la Madre del Señor.

Se podría llegar a admirar a María como un gran ideal y ejemplo vivo del seguimiento a Cristo; podríamos percibirla en todo lo que ella significa como respuesta a la realidad actual. Pero eso no basta. En esto, el P. Kentenich se declara nuevamente un manifiesto partidario de la pedagogía del amor. Cree en la fuerza transformadora del amor como el instrumento pedagógico más importante que posee el educador. El amor une y genera una profunda comunión de vida; el amor despierta fuerzas y energías capaces de transformar a las personas y de infundir en ellas un dinamismo que, de otra manera, nunca se lograría.

De allí que la meta pedagógica del educador mariano busque fomentar un verdadero encuentro con su persona como alguien real, que nos ama, que está espiritual pero realmente a nuestro lado.

Se trata de que María sea percibida como alguien a quien no solo se admira, sino que además sea acogida en el corazón de los educandos, conscientes por la fe, de que ella también los ama “con nombre y apellido”, no “en general”, sino tal como son: con sus debilidades, límites y virtudes, como lo hace una auténtica madre con sus hijos.

1.2. Una alianza de amor

En la propuesta pedagógica kentenijiana este vínculo con la Virgen es concebido como una alianza de amor.

El término “*alianza de amor*” no es casual. Se refiere, en primer lugar, a lo

que constituye la trama central de la Sagrada escritura, del Antiguo y del Nuevo Testamento: la alianza sellada por Yahavé con el pueblo de Israel, que Cristo Jesús sella con su sangre en la Nueva y definitiva Alianza. Por el bautismo, al injertarnos en Cristo, somos parte de su Cuerpo y participamos de la plenitud de esa Alianza. Por estar en Cristo Jesús, somos hijos de Dios Padre y recibimos al Espíritu Santo; somos miembros de la Iglesia e hijos de María.

De esta forma, la alianza de amor que sellamos con la Virgen pasa a ser una renovación consciente de la alianza materno/filial bautismal.

Por otra parte, cuando el P. Kentenich habla de una alianza de amor con María, quiere destacar el carácter bilateral que ella posee. Descubrimos en María a una persona que nos ama y, por la alianza, respondemos a ese amor con un amor filial. Se trata, por lo tanto, de un real intercambio de corazones, de bienes e intereses entre ella y nosotros.

Cuando se habla de alianza hacemos referencia a que existe un pacto entre quienes sellan esa alianza. Personas, grupos o pueblos sellan alianza comprometiéndose a trabajar juntos en torno a una determinada meta. Por eso se da alianzas de mutua defensa, alianzas comerciales, etc.

Pero también existen alianzas en las cuales lo central es una comunión de amor mutuo. Por eso hablamos expresamente de una alianza de amor. El caso preclaro de una alianza de amor es la que constituye el compromiso mutuo entre el esposo y la esposa, es decir, la alianza esponsal. Lo mismo vale análogamente para la mutua relación de amistad o para la relación entre padres e hijos. Estas alianzas de amor en el plano humano son las que, en el Antiguo Testamento, usan los escritores sagrados para expresar la unión de amor de Dios con su pueblo.

La pedagogía kentenijiana elige esta terminología porque, por una parte, con ella se recoge la trama central de la Biblia y, por otra, se hace más comprensible el tipo de relación que se quiere establecer con la Virgen María.

La alianza de amor es un encuentro y compromiso de amor mutuos. Por ella se establece con María una comunidad de amor, de vida, de misión. Esta realidad la expresa el P. Kentenich en un lema que ilumina la senda de todos aquellos que sellan una alianza: “Nada sin ti nada sin nosotros”.

Si se sella una alianza de amor con María entonces todo lo nuestro le pertenece a ella: nuestros anhelos, necesidades y cruces, nuestro presente y futuro, lo que somos y tenemos, todo lo ponemos en sus manos y en su corazón.

De modo semejante, por la alianza de amor ella se nos entrega por entero, como Madre y Educadora nuestra, nos regala toda su riqueza que es la de

Cristo, y nos hace partícipes de su misión como Compañera y Colaboradora del Señor.

Una vez que el educador ha abierto el camino de los suyos a este encuentro con la Virgen María, ella misma toma a su cargo la tarea de conducirlos a la plena edad de Cristo Jesús.

Si en la primera etapa del proceso educativo, la labor del educador jugaba un papel más protagónico, ahora ella, por así decirlo, toma en sus manos las riendas de la educación de la fe de los educandos. Por cierto que el educador o agente pastoral tendrá que continuar sirviendo y acompañando en su calidad de instrumento que coopera con la labor de María, pero ahora los educandos poseerán un “motor propio”; serán impulsados por una fuerza interior que el educador, por sí mismo, no podría haberles infundido.

Ahora bien, en la medida en que se logra esta relación cálida y personal con María y que ésta adquiere un carácter permanente, se harán presentes las fuerzas que actúan en todo amor verdadero:

- la fuerza unitiva,
- la fuerza asemejadora y
- la fuerza creadora del amor.

El amor a la Virgen *crea una unión profunda*, una conciencia de pertenencia mutua entre la Virgen y los educandos. Como fruto de esa fuerza unitiva propia del amor, surge y se hace cada vez más intensa *la fuerza “asemejadora”* del amor, logrando despertar en ellos *una gran creatividad* y compromiso activo en la construcción del Reino de Dios aquí en la tierra.

El educador de la fe ayuda a que esa comunión o alianza de amor con María se vaya haciendo parte de la vida de los educandos, de modo que María llegue a estar presente en su vida cotidiana, en lo que hacen y dejan de hacer, en sus proyectos y preocupaciones.

Así, poco a poco, se va logrando que todo sea compartido con ella, en forma natural y espontánea.

2. En particular

El tema de la alianza de amor con María no podemos abordarlo aquí con mayor amplitud. Nos limitamos a remitirnos al libro *“Nuestra Alianza de Amor con María”*, editado por Editorial Nueva Patris. Fue escrito para miembros del Movimiento de Schoenstatt, pero su contenido es fácilmente aplicable en otros ámbitos eclesiales.

Para poner en manos del educador mariano una forma fácil de ir fomentando la vida de alianza con María en aquellos que tiene a su cargo,

recogemos lo que aconseja el fundador de Schoenstatt para crecer en el amor a Dios: contemplarlo a menudo, dialogar con él y demostrarle con hechos que lo amamos. Aplicamos estas directrices en concreto al amor a María.

2. 1. Contemplar a María

1) Enseñar a gustar la verdad

No se trata, por cierto, de una contemplación en el sentido místico de la palabra. Nos referimos a un conocimiento de María, pero no al conocimiento doctrinal o teológico, sino a un conocimiento "sapiencial" o experiencial de ella.

Podemos conocer algo cuantitativamente o en forma científica, impersonal. Por ejemplo, podríamos tener un claro conocimiento del budismo. Incluso dictar clases sobre éste, pero ello no quiere decir que esa doctrina nos diga algo personalmente. Podríamos saber también mucho sobre la Sagrada Escritura y hacer exégesis de cada párrafo del Evangelio, pero otra cosa es haber penetrado "sapiencialmente", "gustativamente", las verdades que él nos revela.

Más que un "saber cuantitativo", lo que importa, en este proceso pedagógico, es la conquista de un saber "personal" o "vivencial" que alimente el amor por María.

Hablamos de contemplarla "a menudo". Un antiguo adagio filosófico dice: No se ama aquello que no se conoce. Para llegar a amar a alguien es imprescindible que conozcamos a esa persona, y que, conociéndola, nos abramos a su realidad, a sus valores, que descubramos su bondad y sus cualidades.

Cuando se establece una relación de esta forma, donde confluyen la admiración por el tú, el anhelo de estar cerca de esa persona, la atracción por ella, en una palabra, cuando se genera una relación de amor personal, entonces ese mismo amor nos hace conocer a esa persona aún más perfectamente. De allí que, cuando amamos a alguien, digamos: "yo lo conozco", y con ello describimos nuestra relación profunda con él. En este sentido, el amor, más que cegarnos ("el amor es ciego"), nos hace "clarividentes", lúcidos.

Para obtener un conocimiento adecuado de María es preciso que "gustemos" las verdades que nos revela la fe sobre ella. Por eso el P. Kentenich habla de "contemplar" la imagen de María, es decir, detenernos en ella, "saborearla", acercarla a nuestro corazón.

La madre "conoce" a su hijo, pero no al igual que el médico o el sicólogo. Lo conoce con el corazón. Porque ama a su hijo, sabe de él más que nadie. El hombre moderno en cambio, y nosotros lo somos, la mayoría de

las veces, se contenta con un conocimiento cuantitativo, enciclopédico e impersonal. “Sabemos mucho pero amamos demasiado poco”. Se da una gran superficialidad e incapacidad de contemplar y gustar con amor la verdad. Por eso, muchas veces, las verdades de la fe no nos transforman; nos dejan indiferentes, no encienden nuestro corazón ni nos mueven a la acción.

El educador de la fe tiene que plantearse con claridad el desafío que significa introducir a quienes tiene a su cargo en la práctica de este saber cualitativo. No se plantea a sí mismo ofrecer una enseñanza doctrinal sobre la Virgen, como lo puede y debe hacer un profesor de mariología, lo cual, por cierto, también es bienvenido en el momento y el nivel correspondiente. Se trata más bien de mover a los educandos a *contemplar a la Virgen con los ojos del corazón*, como se contempla y se mira a quien se ama.

Por eso está llamado a enseñar a detenerse y admirar, a “gustar” lo que María es en sí misma y en su relación a las personas de la Santísima Trinidad; a descubrir quién es ella en el plan salvífico de Dios, para la Iglesia y cada uno de nosotros.

2) Un conocimiento personalizado de María

Más allá del conocimiento creyente de la imagen objetiva de María, es preciso llegar a un conocimiento personal o personalizado de ella. ¿Qué se quiere decir con esto? Que cada cual percibe algo de su riqueza, desde su perspectiva original. María “nos toca” a cada uno en forma diferente.

A unos les llama más la atención su maternidad. A otros, esa imagen de María yendo a través de la montaña a servir a su prima Isabel. A otros, su realeza. A otros, su pureza, o bien, su fe y fidelidad incondicional al Señor, o su apertura filial ante la voluntad de Dios Padre. Captamos, desde nuestra perspectiva personal, la grandeza de María.

¿Qué nos “toca” más personalmente de María? ¿Cuál es la imagen o el rasgo de María - el P. Kentenich habla de los rayos de la gloria de María - que cada uno se siente llamado a reflejar, que a mí más me llega y que hace vibrar mi corazón por ella?

El educador de la fe tiene que tomar también esto en cuenta, moviendo a quienes tiene a su cargo a descubrir ese rasgo de la imagen de María que los identifica más profundamente con ella.

Sobre la base de un conocimiento bíblico y dogmático, ellos deben alcanzar también esta dimensión. María se acerca a cada uno de modo original y personal, por eso la pregunta: ¿Cómo la percibo yo? ¿Cuál es *mi* imagen de María? Quizás sea la de esa Virgen que va a través de la montaña a servir; o la que está junto a la cruz del Señor ofreciéndose con

él; o la Virgen que dice sí a la voluntad del Padre; o María cantando el Magnificat; o María en Nazaret... Responder esta pregunta, permite que cada persona personalice la visión que tiene de ella.

Otra forma de personalizar la imagen que tenemos de María consiste en descubrir en la creación un reflejo o algo que la simbolice particularmente. Las ideas no siempre logran traducir por entero el contenido de una verdad. Los símbolos, en cambio, nos permiten tener acceso a esa verdad en forma más intuitiva, vital y global. Así, por ejemplo, si escuchamos en el Evangelio que el Señor nos dice que él es la luz del mundo, o que es el camino, o la vida verdadera, o la puerta, o el agua viva, o el buen pastor, cada una de esas expresiones simbólicas nos acercan a él más que una definición dogmática. O, mejor dicho, la definición doctrinal sobre Cristo, a través de esas imágenes, se nos hace más vital y cercana.

El pedagogo de la fe puede ayudar a descubrir qué cosa simboliza mejor para cada uno la persona de María. Recorramos la naturaleza: la nieve de las montañas, el agua cristalina de una fuente; las estrellas en el firmamento; la belleza de un lirio o de una piedra preciosa; contemplemos un jardín, busquemos hasta encontrar aquello que mejor representa para nosotros lo que María es.

No sólo la naturaleza puede hablarnos de María si sabemos desentrañar su lenguaje. También lo hacen las cosas creadas por el hombre. En la tradición de la Iglesia encontramos innumerables ejemplos de ello: María es el canal, la torre de marfil, la escalera que nos lleva al cielo; es la puerta del cielo, etc.

Para crecer en la vida de la Alianza de Amor, por lo tanto, es preciso que el educador ayude a quienes acompaña a convertirse en “desenterradores del tesoro escondido” en el campo; que comprendan a contemplar en la fe a María, para que adquieran una visión cada vez más clara y completa de ella. Y, por otra parte, que se internalice su imagen en ellos, que la hagan suya y la guarden en el fondo de su corazón.

Todo esto, por cierto, no es tarea de un día o de un año; es tarea para toda la vida. “*De Maria nunquam satis*”, nunca nos saciaremos de María: ella es la obra maestra de Dios.

2.2. Dialogar con María

Contemplarla a menudo y, en segundo lugar, *dialogar con ella*. Toda alianza de amor florece o se marchita en la medida en que se cultiva o se descuida el diálogo entre quienes han sellado esa alianza.

Si se trata de la alianza de amor con María, este diálogo se da en la oración. “Conversar con María” presenta diversas formas que el educador de la fe está llamado a cultivar y enseñar a quienes acompaña.

La forma básica de oración es la recitativa que muchas veces hemos rezado desde que éramos niños. Por ejemplo, el rezo del *Ave María*. En este mismo sentido, el rezo del santo *Rosario* significa para muchos compartir los sentimientos de María y su seguimiento al Señor, adentrándose así, cada vez en forma más profunda, en su vida y su misión. La "*Pequeña Consagración*" es otra oración tradicional que ayuda a tenerla presente renovando la entrega personal a ella.

Otra forma de diálogo con la Virgen es la *práctica de la meditación*, sea a partir de la Palabra de Dios (de la *lectio divina*) o a través de la "*meditación de la vida*".

Este tipo de meditación reviste hoy una particular importancia para quienes desarrollan su vida y trabajo en medio del mundo. Consiste en ir repasando, en unión a ella y como ella lo hacía, lo que el Dios vivo nos quiere decir a través de las circunstancias, sopesando lo vivido y tratando de comprenderlo a la luz de la conducción de Dios; o bien, auscultando lo que Dios espera de nosotros en el futuro, en las tareas que nos encomienda o pruebas que surgen en nuestro camino.

Nuestra alianza de amor con María adquiere entonces una mayor profundidad; no nos aleja de la realidad sino que, al contrario, nos lleva a descubrir al Dios vivo que está presente en nuestra historia y en todo lo que acontece. Es el tipo de meditación que nos enseña María en el Evangelio, cuando después de haber buscado con angustia durante tres días a su Hijo, él le da una respuesta que no comprendió. María, nos dice el evangelista, "guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón" (Lc 2,19).

Debido a la cultura materialista y activista en la cual estamos inmersos, establecer este diálogo personal con María es una ardua conquista que requiere ayuda y acompañamiento especial del educador de la fe.¹¹

El educador mariano también puede inducir a los suyos a practicar otro tipo de diálogo con María: la oración espontánea. Esta se da, por ejemplo, cuando miramos su imagen, o le decimos algo al pasar, encomendándole alguna intención, expresándole nuestra gratitud por un don recibido, ofreciéndole lo que estamos haciendo o simplemente saludándola. Se trata de algo más personal y espontáneo de aquella oración breve, que se repetía una y otra vez, llamada *jaculatoria*.

No se necesita una abundancia de palabras para expresar el amor: un gesto, una mirada, una pequeña frase pueden decir mucho más que grandes declaraciones o extensas oraciones recitadas las que, a veces, se repiten casi mecánicamente.

¹¹ Sobre este tema se puede consultar el último capítulo del libro de Editorial Nueva Patris "*Dios Presente*", que recoge textos al respecto, del P. Kentenich. También el libro "*Cómo Aprender a Meditar*", de Editorial Nueva Patris.

También existe el diálogo con María a través de *gestos de símbolos*. Por ejemplo, *encender un cirio* ante una imagen suya, *peregrinar* a un lugar de gracias mariano, *llevarle flores*, etc., todo ello son formas de dialogar y encontrarnos personalmente con ella. También podemos decirle muchas cosas a través del *lenguaje de nuestro cuerpo*, sí, por ejemplo, nos hincamos o extendemos las manos, etc. El lenguaje sin palabras a veces dice más que las mismas palabras.

2.3. Demostrar con hechos nuestro amor a María

1) Por la vinculación a María hacia la actitud mariana

La contemplamos, dialogamos con ella y, en tercer lugar, *tratamos de demostrarle con hechos nuestro amor*.

Esto último ocupa un lugar especial en la pedagogía del P. Kentenich. Su principio es llegar “por la vinculación a una actitud y estilo de trabajo marianos”. La fuerza “unitiva” del amor pone en movimiento su fuerza “asemejativa”. Es decir, si amamos de verdad, ese amor lleva a querer agradar a quien amamos, a estar atentos para acceder a sus deseos, a comportarnos de modo que seamos causa de alegría para quien amamos.

Esta realidad dinámica se da igualmente en nuestro amor a la Virgen. En otras palabras, el amor “afectivo” a ella tiende a expresarse y convertirse en un amor “efectivo”, que se prueba con obras más que con palabras.

El agente pastoral o educador de la fe juega en esto también un papel de gran importancia. Él está consciente de que todo amor debe madurar, pasando de un amor imperfecto, centrado en el propio yo, inconstante y poco efectivo, a un amor maduro y acrisolado.

De allí que él deba cuidar pedagógicamente de que los suyos vayan “concretando” su respuesta de amor filial a María, asumiendo un rol activo en su transformación de vida, despojándose del “hombre viejo” para revestirse del “hombre nuevo” creado en Cristo Jesús.

Cuando existe en los educandos un vínculo cálido y profundo con María, entonces las exigencias que plantea el educador caen en buen terreno. Y no acarrearán el peligro de convertirse simplemente en imperativos de superación de sí mismo.

Esto porque el proceso de vida y crecimiento son impulsados desde dentro, intrínsecamente, por el amor a la Virgen María. El contacto vital e íntimo con ella nos hace participar de su sentir, de sus actitudes, de su fe, confianza y amor; de su fortaleza y espíritu sencillo, de su constante y sacrificado servicio.

Mediante el amor, la persona de María despierta, por lo tanto, en los educandos el anhelo de apropiarse de sus actitudes, de complacerla,

dándole alegría con nuestro modo de vivir y comportarnos.

Quien ama a María tenderá a asemejarse “instintivamente” a ella, la Sierva del Señor, buscando hacer suyo su mundo. Quiere agradarla; quiere mostrar con hechos que realmente la ama; se exige a sí mismo no a partir de una obligación extrínseca o moralista, sino que movido por el afecto que le profesa.

De esta forma, el cambio de vida, la conversión profunda es animada por el amor a la Virgen María, quien es para las personas alguien real, cercano, presente. Es alguien que está ahí, acompañándolas, educándolas, ayudándoles a seguir los pasos de Cristo y a vivir como auténticos hijos de Dios Padre; acogéndolas y recogéndolas cuando caen. Esto llena sus almas de paz, de energía y aparta de toda angustia y auto-exigencia no querida por Dios.

2) La alianza de amor exige una seria auto-formación

Todo lo anterior requiere que el educador debe poseer un tacto especial para guiar y apoyar el proceso de vida de conversión y crecimiento personal.

El amor a María, como todo amor, tiene que madurar, pasando de una etapa más primitiva y egocéntrica, centrada en el propio yo, a una etapa de un amor benevolente, desprendido, generoso, no centrado en sí mismo sino en ella; debe pasar, de un amor primitivo o marcadamente sentimental a un amor efectivo, que se demuestra en obras.

De esta forma, el educador ayuda a los suyos moviéndolos a asumir *un serio trabajo de autoformación*, de manera que busquen superar en su vida todo lo que no es mariano, lo que no se condice con una auténtica actitud mariana de vida y de trabajo.

El amor crece y se acrisola en el sacrificio y la renuncia, en la voluntad seria de entrega que se esfuerza por superar las heridas que han dejado en nuestra naturaleza el pecado original y las propias falencias, fruto de nuestro egoísmo, comodidad y desviaciones.

El P. Kentenich desarrolló un sistema de autoformación que puede ser de gran ayuda tanto para el educador como para quienes acompaña en el camino de la fe.¹²

En esto también vale su consigna: “Nada sin ti, María, y nada sin nosotros”. Todo queremos hacerlo en dependencia y unión a María, pero también estamos conscientes de que tenemos que poner nuestra parte y que no podemos ni queremos estar siempre esperando intervenciones extraordinarias y milagrosas de ella o del Señor.

¹² Ver, por ejemplo, el libro *Somos Historia por hacer*, publicado en Editorial Nueva Patris.

3) La alianza de amor pide un compromiso apostólico

El amor verdadero, junto con su poder de unión y asemejamiento, genera una fuerte *dinámica creadora*. Despierta nuestras fuerzas, nuestra iniciativa y creatividad, nuestro espíritu de conquista y nuestra audacia.

Esa fuerza creadora se hace también presente, y de modo muy especial, en la entrega de amor a María. Quien sella una alianza con ella, quien la ha acogido en su corazón y cultiva una íntima comunidad de amor, de vida y de intereses con ella, experimenta esta realidad. Si contemplamos y buscamos asemejarnos a María, no podemos dejar de comprometernos con ella en la instauración del Reino aquí en la tierra, en el lugar y condiciones de vida que conforman nuestra propia existencia.

Ella es la Compañera y Colaboradora del Señor, y un auténtico hijo de María no puede ser algo distinto: está llamado a ser, con ella y como ella, un obrero activo en la viña del Señor. No puede quedarse a la vera del camino esperando que otros, “más capaces y preparados”, hagan la tarea, ni pidiendo al Señor y a María que actúen.¹³

¹³ Sobre la alianza de amor con la Virgen María se puede consultar una exposición más extensa en el libro *La Alianza de Amor con María*, publicado por Editorial Nueva Patris.

VII. EL EDUCADOR MARIANO

1. Factores que inciden en la pedagogía mariana

En el transcurso de este texto hemos hecho alusión reiteradamente al papel que juega en la pedagogía mariana la persona del educador o agente evangelizador. Se debe mencionar, sin embargo, otros actores que también influyen poderosamente en la educación de la fe, aunque ahora no entremos en mayores detalles al respecto. Entre ellos se cuentan la comunidad y el ambiente. Estos tres actores, educador, comunidad y medio ambiente, se encuentran estrechamente relacionados.

Toda educación de la fe se produce en el seno de una comunidad de fe, llámese familia, grupo, comunidad de base, comunidad de vida cristiana, grupo de vida, etc. Nadie se educa aislado del resto de las personas sino que crece y se desarrolla en el seno de una comunidad. Esto vale en general, pero muy especialmente en la educación de la fe: por la fe entramos a formar parte de la comunidad de los creyentes, vivimos juntos la fe que profesamos y juntos crecemos en ella.

De allí que el educador de la fe, los padres de familia y otros agentes pastorales traten de formar comunidad, fomentando el trabajo en grupos “abarcables”. Existe también una pastoral de multitudes, que tiene gran importancia, pero esa pastoral, que también educa en la fe, no reemplaza el trabajo con los pequeños grupos.¹⁴

El estímulo de crecimiento y de dinamismo que se despierta en la pequeña célula, en la cual cada miembro ha abierto su corazón a María, constituye un factor del cual el educador no puede prescindir. La entrega de unos motiva y despierta la entrega de los otros miembros de la comunidad, encendiéndose mutuamente en el amor a María y al Señor.

La comunidad también estimula en forma incomparable el impulso de conquista misionera y el compromiso creativo en el trabajo apostólico concreto.

La exigencia por un cambio de vida recibe igualmente un fuerte impulso, ya que los miembros del grupo se estimulan mutuamente y juntos afianzan la conciencia y necesidad de un cambio de vida personal y comunitaria. Como discípulos misioneros del Señor y de María, se sienten llamados a ser germen y levadura de un nuevo estilo de vida y de nuevas actitudes que repercutan conformando una nueva sociedad. El grupo pasa a ser, de esta forma, una célula mariana de renovación y fermento de la masa.

¹⁴ El P. Kantenich dio también especial importancia a la pastoral de multitudes o piedad popular, en particular en relación con los santuarios marianos. Dios mediante, en el futuro esperamos que se haga una publicación al respecto en Editorial Nueva Patris. En todo caso, puede verse el libro del P. Joaquín Alliende, *Para que nuestra América viva*, publicado por Editorial Nueva Patris.

Mencionamos también el factor ambiental. La persona necesita de los demás para desarrollarse. Ahora bien, ello no se lleva a cabo “en el aire” sino en un ambiente, en un lugar, donde existen costumbres y formas de vida. Pretender formar personas como educadores de la fe, sin preocuparnos del ambiente que les rodea, a menudo desbarata nuestros mejores esfuerzos: el ambiente forma y conforma las actitudes; contagia, “nos entra por los poros”. Educamos creando un ambiente o atmósfera adecuada. En nuestro caso, creando y fomentando una atmósfera mariana, donde se perciba la presencia de María. Esa atmósfera influye poderosamente en la formación de actitudes y de una “cultura mariana”.

Señalado lo anterior, enumeraremos algunos importantes aspectos de orden pedagógico que conforman el perfil del educador mariano. Ello servirá, a la vez, de resumen de lo expuesto en este texto.

1. 1. La praxis del educador mariano

1.1.1. El educador mariano debe ser, él mismo, un hombre mariano

El proceso educativo no consiste en primer lugar en instruir o adoctrinar, sino en despertar, engendrar y transmitir vida. Y la vida sólo se enciende con vida, por medio del contacto vital entre el educador y los educandos.

En el contexto de la pedagogía de la alianza, esto significa que el educador debe encarnar los valores marianos en su propia persona y en forma palpable y vivencial, para así poder representar para los suyos un ideal encarnado de estos valores, en cuanto ello sea posible aquí en la tierra.

Esto implica tener un claro conocimiento de la persona y de la misión de María, lo cual requiere estudio bíblico y dogmático. Debe hacer una autocrítica en este sentido, y complementar, si es el caso, lo que le falta en conocimiento de la riqueza que Dios nos ha regalado en la Inmaculada.

De igual forma, para transmitir una imagen “actualizada” de María, el educador requiere haber confrontado su imagen con la problemática, los ideales y los ídolos de nuestro tiempo. Tampoco esto es evidente, ya que normalmente se habla de María en desconexión con la realidad actual, o sólo pidiéndole que implore a Dios las gracias para que podamos cambiar y realizar las tareas que nos proponemos. ¡Cuántas veces lo mariano no es más que un apéndice de nuestros planteamientos o un buen deseo de nuestra parte!

Por otro lado, un buen educador debe ser capaz de captar la triple perspectiva de intereses señalada anteriormente. Junto con poseer una sensibilidad para “sentir” y percibir lo que está vivo en las personas y en la comunidad a su cargo, tiene que poseer conocimientos de psicología y sociología. Por cierto que no necesita ser un profesor o doctor en esas

materias, pero tampoco puede ser un lego en las mismas. En todo caso, debe saber establecer el vínculo de la problemática cultural con la persona y la misión de María.

Por último, es claro que el educador no podrá transmitir el amor a María si él mismo no está unido a ella, si María no posee un lugar privilegiado en su propio corazón. Sólo así podrá encender en los suyos el amor a ella.

1.1.2. El educador mariano debe ser consecuente con el método pedagógico mariano

Cuando el P. Kentenich se refiere a la pedagogía mariana, la describe como un movimiento de valores marianos, de acuerdo a la perspectiva de intereses de los suyos.

Ahora bien, lograr que los educandos “enganchen” afectivamente con María requiere que el educador presente los valores marianos objetivos de tal forma que los educandos se interesen subjetivamente por estos valores y los quieran hacer suyos. Esto no sucede de un día a otro. Se trata de un proceso motivador que implica ir contactando progresivamente a los suyos con los valores marianos, de modo que se llegue a formar una mentalidad, un modo de ver la realidad, las tareas y la misión desde una óptica mariana.

Y esa mentalidad y conjunto de valores marianos tienen que ir plasmándose en un estilo mariano de vida y de trabajo. Es decir, María debe ser amada con un amor afectivo y efectivo, de acuerdo a la consigna propuesta por el P. Kentenich: “por la vinculación mariana hacia la actitud y estilo de trabajo marianos”.

1.1.3. El educador mariano requiere una buena dosis de paciencia

Todo en la educación implica procesos lentos. Lo que se quiere alcanzar demasiado pronto, no logra echar raíces. No se crea una mentalidad ni una actitud en un día; pasarán años hasta que se logre algo más profundo y permanente que comprometa todos los ámbitos de la vida de la persona. En la educación, el pedagogo nunca debe dejarse cegar por el deseo de tener éxitos rápidos pero que no arraigan en el interior de las personas. Una pedagogía de “saltos”, de “eventos”, que en sí pueden ser valiosos, pero que se suceden sin mayor conexión, no produce frutos duraderos. Son impulsos aislados o meros fuegos artificiales.

1.1.4. El educador mariano debe mostrar la persona de María con gran calidez

No se trata de sentimentalismos, expresiones rebuscadas o de una barata sensiblería. Ello está lejos de una pedagogía auténtica. Se trata del calor que alguien pone en lo que dice, cuando se refiere a quien ama.

El educador mariano busca mostrar la persona de María con gran calidez, cercana a la realidad, como una exigencia de conversión y acción, según la perspectiva de intereses del educando. La vinculación a María crece orgánicamente desde dentro. Para ello el pedagogo cuida mostrar su imagen siempre de nuevo y desde diversos ángulos: en la conversación personal, en la catequesis, en la reunión de grupo, en la predicación, etc., hasta que llegue a ser familiar y se adentre en el corazón y la mente de los suyos.

Así, por un largo tiempo, normalmente años, será lo mariano una acentuación preponderante o el prisma desde el cual se abarca el organismo de la fe y de la vida. El desarrollo mostrará el tiempo y momento adecuados para cambiar la acentuación hacia otras personas del mundo sobrenatural o a objetivos del crecimiento integral de los educandos en la fe. Pero, incluso en este caso, María seguirá estando presente.

1.1.5. El educador mariano debe mostrar la persona de María gráficamente o en forma vivencial

Como se señaló, el pedagogo debe poseer ciertamente una claridad teológica, una sólida base bíblica; pero cuando actúa como pedagogo, no recurre principalmente a explicaciones de alto nivel teológico y abstractas, que están lejos del alcance de aquellos que lo escuchan. Según la pedagogía de movimiento y adaptación psicológica, sabe hacer palpable y comprensible la verdad que transmite, ilustrándola con imágenes y ejemplos cercanos a la vida. Los valores marianos y la persona de la Santísima Virgen se harán entonces asequibles y quedarán grabados en la mente y el corazón de los educandos.

1.1.6. El educador mariano debe mostrar la persona de María cercana a la realidad

No es necesario contar leyendas marianas ficticias. Esto sería incluso contraproducente en el contexto de la imagen y características que, muchas veces, abundan en una piedad que no ha sido clarificada ni educada.

El educador mariano bebe de la fuente evangélica, de la tradición auténtica de la Iglesia y de los hechos de la vida actual. En ellos encuentra amplio material que ilustra la persona y la acción de la Santísima Virgen en la Iglesia y en la historia.

1.1.7. El educador mariano debe mostrar la persona de María como exigencia de conversión y acción

Si se ha encendido el afecto personal por María, de allí brotará una exigencia de conversión y acción poderosa. El amor afectivo busca

expresarse en el amor efectivo, en hechos. El educador sabrá motivar y encauzar las exigencias del asemejamiento, no sobre la base de obligaciones rígidas y lógicas, sino motivado por el ideal y el amor.

La educación mariana es exigente, la más exigente de todas, pues el ideal que persigue es el más alto; el ideal de la Inmaculada, el de aquella persona que siguió al Señor hasta la cruz, de Aquella que fue llamada bienaventurada, no tanto por ser madre física de Cristo sino porque escuchó su palabra y la puso en práctica. María espera de aquellos que se le entregan, que se comprometan como ella en la construcción del reino de Dios aquí y ahora.

1.1.8. El educador mariano refuerza su acción pedagógica mediante la creación de una comunidad o grupo mariano de vida, de formación y de acción.

La finalidad de la educación cristiana es la incorporación a Cristo en una comunidad fraterna que nos hace miembros de su Cuerpo. Educamos al individuo marianamente para forjar una comunidad mariana, y esa comunidad reafirma y ayuda a ser aún más consecuentes en el amor a María.

La comunidad es un factor educativo de primer orden. Ambos, persona y comunidad, se estimulan y condicionan mutuamente.

La importancia de la educación en y a través de la comunidad es incalculable, especialmente hoy, cuando no existen ni un ambiente ni una atmósfera cristianas, donde muy pocas familias pueden llegar a ser verdaderamente “cuna de la fe”. El hombre, en gran parte, es formado por su medio; es un hijo de su tiempo, con lo bueno y lo menos bueno que cada época tiene.

En una atmósfera materialista, donde Dios como realidad personal está ausente, donde la Iglesia está desacreditada y abundan ideologías discordantes con el Evangelio, es prácticamente imposible que una persona pueda desarrollarse y dar un testimonio cristiano si no está fuertemente respaldada por una estrecha comunidad.

Es por eso que el educador visionario buscará, por todos los medios, arraigar a los suyos en una auténtica comunidad, donde puedan respirar otra atmósfera, donde se sientan acogidos y solidarios con los mismos ideales; una comunidad que les permita lanzarse en medio del mundo, nadar contra la corriente, ejercer una acción positiva, arriesgada y fecunda, sabiéndose apoyados y unidos interiormente con todos los miembros de la comunidad.

Más aún, si se considera que una de las tareas fundamentales del cristiano es crear comunión y promover la solidaridad, su acción no tendría eficacia

si él mismo no ha experimentado, alguna vez en la vida, lo que significa vivir el uno en, con y para el otro, y que es posible crecer y vivir en comunidad a pesar de las múltiples limitaciones humanas.

En María, Madre y Educadora, tenemos un factor forjador de comunidad extraordinario. Ella posee, como hemos dicho, el carisma de la unidad; ella es el espacio vital donde sus hijos reconocen a Dios como Padre, y a su Hijo como hermano. Donde ella está, hay hogar y familia.

1.1.9. El educador mariano debe poner en práctica la ley del traspaso orgánico

Educación significa servicio desinteresado a la vida ajena, enfatiza una y otra vez el P. Kentenich. El educador debe hacerse finalmente “innecesario”, fomentando la autonomía de quienes sirve. En este espíritu, el educador mariano sabe “traspasar” a María el amor que recibe de los suyos y, a la vez, hace desembocar el amor a María en el amor al Dios Uno y Trino.

El educador mariano lleva a cabo este proceso tanto a través de su ejemplo como de sus palabras. En su manera de ser y de tratarlos, los educandos deben ver y palpar vitalmente su amor a la Virgen y su “asemejamiento” a ella.

Por otra parte, el educador los irá conduciendo por medio de su palabra, sea personalmente o en comunidad, a un conocimiento “integral” de la Virgen como hija de Dios Padre, Compañera y Colaboradora del Señor e instrumento predilecto del Espíritu Santo. En esta corriente de amor él, como educador, siempre estará presente, ya sea en un primer plano al inicio, o en un segundo plano más tarde. Él va con los suyos a María y a Dios.

La ley del traspaso orgánico se da también en la medida en que los educandos perciben las carencias del educador. Tarde o temprano se producen desengaños, pues nadie es perfecto. Ese desengaño debe convertirse también en camino que acerca al corazón de Dios, que es la meta final. Desde Dios y desde el corazón de María se recobrarán posteriormente un afecto clarificado por el educador.

1.1.10. El educador mariano debe ser un maestro de la oración

No se debe perder de vista que en la verdadera educación cristiana el educador es Cristo, el Señor, y en dependencia de él, María, su Colaboradora constante, como Madre de la Iglesia.

El educador, por lo tanto, no es sino un instrumento personal que se pone libremente a disposición del Señor y de María para cooperar con él en la labor educativa.

El educador que actúa separado de Cristo posee un limitado poder

educativo. A lo más dispondrá de genialidad humana, pero, ¿qué podrá lograr esa genialidad en el campo educativo de la fe, y más aún en el mundo actual? Si se trata de formar y de despertar auténticas y vigorosas personalidades cristianas, de crear una comunidad ideal, que a su vez sea un núcleo renovador de la Iglesia y el mundo, la eficacia pedagógica estará enteramente condicionada a la unión íntima y profunda del educador con la fuente primaria, *con Cristo*.

Podríamos decir que el educador, debido a su impotencia y su desvalimiento, para ser fecundo debe unirse a la omnipotencia del gran Educador: "Uno solo es vuestro Maestro" (Mt. 23, 8). Con mera psicología humana, con mera dinámica de grupo, etc., por más valiosas que sean, no lograremos "un fruto que permanezca", pues el Señor lo dijo: "Sin mí nada podéis hacer", especialmente en el ámbito de la educación de la fe.

El éxito en la educación de la fe está condicionado, en primer lugar, a la estrecha dependencia e íntima unión con el Maestro. Y esto se logra por medio de la oración, por el serio cultivo de la vida interior. En una palabra, en la medida que el educador aspire seriamente a la santidad.

El educador necesita, por lo tanto, alcanzar, asegurar, profundizar, hacer cálida y personal su unión a Cristo. Su amor a María asegura este requisito: lo sumerge en la hondura de Cristo capacitándolo para ser un auténtico educador de la fe.

No sólo se une a Cristo por y en María, sino que también se siente participante y cooperador libre de María en su tarea de Madre y educadora del pueblo de Dios.

De este modo, el educador adquiere la fuerza y la luz que requiere para aventurarse en la difícil tarea de despertar y profundizar la vida de fe de los suyos. Su acción contará entonces con una nueva y misteriosa fuerza, y su fecundidad sobrepasará el ingenio y la capacidad –o incapacidad– humana.

Aseméjanos a ti y enséñanos
a caminar por la vida tal como tú lo hiciste:
fuerte y digna, sencilla y bondadosa,
repartiendo amor, paz y alegría.
En nosotros recorre nuestro tiempo
preparándolo para Cristo Jesús.

